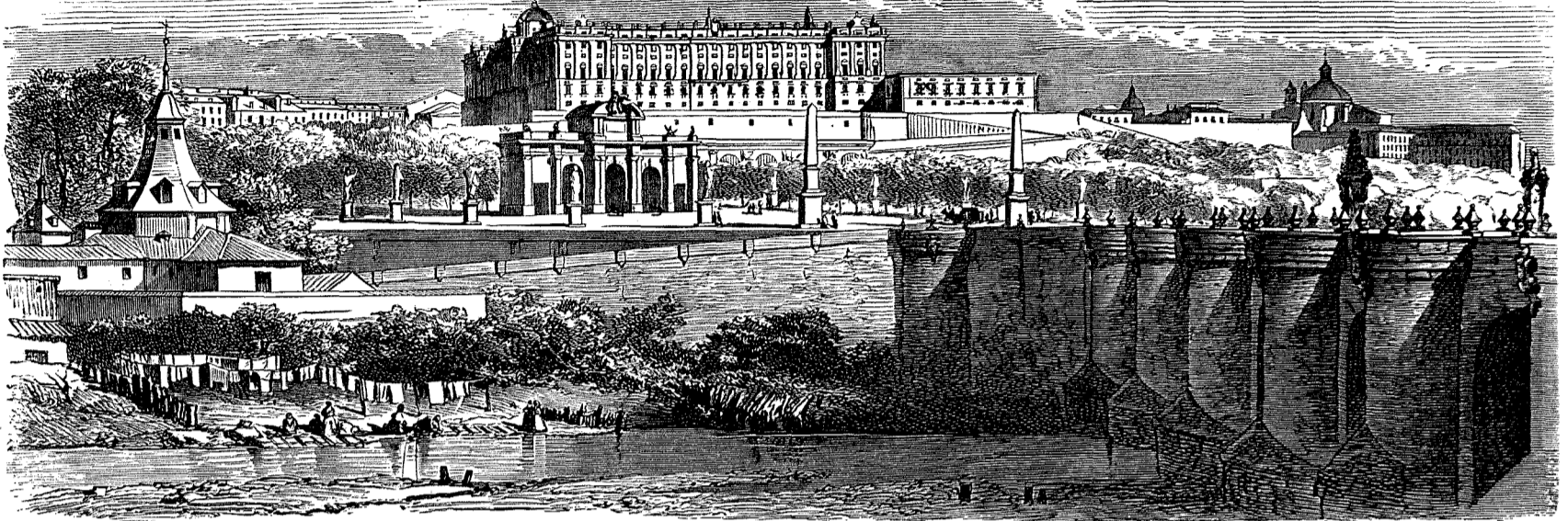


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO III.

MADRID 30 DE MARZO DE 1872.

NÚM. 54.

### SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por *D. Isidoro Fernandez Florez*.—Crónica de la quincena, por *D. B. Perez Galdós*.—Semana Santa, por *D. Francisco Pareja de Alarcon*.—Viva la Constitucion democrática. Anécdota económica, aunque cara, por *D. F. Silvela*.—La seccion cuarta del Museo Arqueológico Nacional (conclusion): Puteos y vasos italo-griegos que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, por *D. Fernando Fulgoso*.—Dos poetas portugueses, por *don Luis Vidart*.—A Petisca, por *X*.—Los pilluelos de Lisboa, por *don Juan Morato Romo*.—Tajos de Gaitan.—Don Narciso Sevilla, por *don J. H. Y.*—Escuela de artes y oficios, por *X*.—El Museo de Ingenieros, por *D. Bernardo Rico*.—Nuevos hallazgos romanos, por *D. Ricardo Becerro*.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuacion), por *D. Alvaro Romea*.  
GRABADOS.—Don Narciso Sevilla, dibujo de *D. A. Perea*.—Nuevos hallazgos romanos, dibujo de *D. Ricardo Becerro*.—José Mazzini, dibujo de *D. A. Perea*.—Escuela de artes y oficios, (Madrid). Clase de dibujo geométrico, dibujo de *D. J. L. Pellicer*.—Tajos de Gaitan, dibujo del *señor Rico*.—Museo de Ingenieros militares: Parque de campaña. Tren de puente. Puente militar. Torre para fusilería, contra los moros. Interior de un almacen de pólvora, dibujos de *D. Daniel P.*—A Petisca, dibujo de *D. Rafael Bordallo Pinheiro*.

### ECOS.

Hace algunos dias, al leer en los periódicos que las damas españolas habian decidido adoptar el traje nacional, no pude ménos de alabar en ellas este rasgo de patriotismo. Llena está nuestra historia de hechos heroicos realizados por el femenil esfuerzo; sin embargo, renunciar á la moda extranjera, cambiar el morion aderezado de flores y plumas que nuestros abuelos llamaban *gorro* y nosotros denominamos *sombrero*—mueble que sirve únicamente para ocultar en él la cabeza—por la antigua mantilla, negra ó blanca, de las majas de



DON NARCISO SEVILLA.

Goya; fijar la inconstancia de la voluble diosa vistiendo la basquiña de plegada sarga que daba á la mujer del pasado siglo cierto aspecto escultural, aspecto de Vénus de formas incitantemente veladas con escaso lienzo; recoger de entre los harapos y desechos de ese Rastro inmenso en que el tiempo arroja las modas y los figurines de todas las épocas, el chal de tira, de franjas de colores, cruzado al pecho sobre el oscuro vestido como un arco iris que aparece sobre un cielo tempestuoso; colocar, en fin, sobre la cúpula del más precioso edificio, sobre la cabeza de la mujer, la *peineta*, esa especie de balaustrada de cuerno, balcon de los amores, picota de los maridos, muralla inexpugnable apesar de sus cien artísticas brechas, torre de concha, inclinada como la de Pisa, y como ella firme y graciosa, y llevar á efecto esta restauracion en el siglo en que todo parece dominado por un espíritu de volubilidad infinita, de movimiento incesante, de aspiraciones devoradoras hácia lo nuevo, lo desconocido y lo imposible, en el siglo, reformador y demoleedor por esencia, de la electricidad, de la fraternidad universal, del petróleo y del aceite de bellotas, es un propósito tan levantado y una audacia tan supina, que sólo pueden abrigarse en damas españolas. ¡Ah! yo las excitaria á desistir de tan patriótico empeño, si alguna que por esas calles, paseos y teatros se ha presentado ante mis ojos como una figura escapada de los lienzos de Mengs ó del pintor de *los Caprichos*, no fuese tan linda. ¡Oh cielos! los que envueltos en el torbellino del siglo queremos ir hácia adelante sin volver atrás los ojos, entre ruinas de tronos y de pueblos, creando nuevas religiones, nuevos códigos sociales y políticos y fabricando nuevas

máquinas y nuevos figurines, todo original, flamante, sin antecedente, historia ni parecido en la sucesión de los tiempos, temblamos, sí, preciso es confesarlo, de que la reacción venga á la lucha con el rostro envuelto en las caladas blondas de rica mantilla, coronada por tauromáquica peineta, vestida de breve falda y con zapato escotado; en el traje de guerra, exterminador y revolucionario de la mujer española.

Que la religión es un sentimiento nacional en nuestra patria, lo prueba que la mujer viste en las grandes festividades de la Iglesia el traje que caracteriza ese otro gran sentimiento español; el traje de las corridas de toros.

Tengo la seguridad de que esta última observación ha de parecer más exacta y trascendental á los filósofos que á los sastres.

Pero, ¿me será lícito exponer una duda? Y caso de que me fuere lícita tal exposición, ¿me atreveré yo á decir una sola palabra en ofensa de esas criaturas, bellas, sensibles, dulces y caprichosas, hechas con barro de demonio y espíritu de ángel, para cuyas trenzas, garganta y trajes, dan los campos sus flores, las aves sus plumas, los mares sus perlas y la creación cuanto tiene un destello de luz y de poesía?

¡Jamás! Dios me libre de irritar ese monstruo de odio y amor que se llama mujer... ¡Cuántos sinsabores no me ha costado ya el haber proferido inconscientemente algunas de esas indiscretas palabras que se estrellan en la tierna epidermis femenil levantando horribles tempestades de cascarilla y polvos de arroz! Muchas veces mi acerada pluma se abrió de puntos y ¡zas! hizo explosión disparando tinta en extenso círculo, manchando el vestido de baile, el peinado, las flores ó la sublime vanidad de alguna hermosa. Inútil era que luego protestase de mi inocencia: un desdeñoso mohín, lleno de gracia en medio de su horror, era el castigo de mi culpa; la bella rompía contra mí el fuego sordo de las guerras femeniles. Era vana toda defensa; yo, como todos los que tienen por enemigo una mujer, me sentía morir de una axfisia moral: la sociedad entera combatía en mi daño. ¡Haber osado escribir que la seductora marquesa de Tal recibió á sus amigos con un prendido de guisantes, siendo así que eran pasas de Corinto! Arrojad el guante al rostro de un tambor mayor; llamad ladrón á un ministro; robadle las muletas á un cojo; haced un gran beneficio á un amigo... acaso sea posible una reconciliación; pero no esperéis que la elegante dama, víctima de vuestra falta de conocimiento en hortalizas, os perdone un error que ha puesto en peligro su merecida reputación de mujer de buen gusto.

Ese monumento de cuerno al que ofrecen nuestras bellas por cimienta las ondas de oro y ébano de sus magníficos cabellos, ¿es una reacción espontánea del españolismo, ó es nuevo tributo pagado á los figurines que vienen de Francia?

Yo debo declarar que he visto en algun periódico de modas parisienses damas con peinetas, caricaturas españolas; cabezas femeniles abrumadas por un edificio de concha ó búfalo, sin relación con el resto del traje; edificio que se levantaba solitario y á modo de castillo español en tierra conquistada, como si la peineta no fuera el broche, el asta-bandera y la corona de la mantilla.

Yo debo decir también que los prenderos y vendedores del Rastro, con los cuales mantengo las naturales relaciones que median entre ellos y los aprendices de anticuario, se quejan de que los espléndidos peines del siglo pasado, magníficos abanicos de concha llenos de preciosos dibujos, grandes y redondos los unos, como los limbos de las vírgenes y santos bizantinos, altos y cuadrados y figurando una teja de oro entre blondas los otros, yacen bajo el cristal de sus escaparates de viejas novedades, sin que nuestras damas los vuelvan el perdido calor colocándolos en sus cabellos, y contraigan segundas nupcias en el siglo con la mantilla.

Las nuevas peinetas no son las de la época de Goya. La diferencia entre unas y otras, es la misma que hay entre nosotros y nuestros abuelos, y reconoce la misma causa: los nietos del alcalde de Móstoles y las peinetas de la Tirana y la Curamba, se han afrancesado... ¡Y para esto, exclamará quizás un veterano de Bailén ó de Ciudad-Rodrigo, se alzó España contra Napoleón, se derribó Zaragoza y murieron en la flor de su vida tantos españoles y franceses!

Reacción espontánea del españolismo, ó imposición de la moda extranjera, la peineta da un no sé qué de picante á la fisonomía de nuestras bellas, que nos atrae y nos subyuga.

Por desgracia, sospecho que ese adorno durará lo que la Semana Santa. Como todo lo que tiene carácter nacional se ha hecho *cursi*.

\*\*\*

¡Hosanna! ¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! clamaba el pueblo de Jerusalén cuando Jesús entraba en la ciudad sagrada sentado en una humilde asna cruzando por enmedio de un bosque de palmas agitadas por brazos humanos, que no parecía sino que la multitud, á manera que en la fábula de Apolo y Dafne, había echado ramas y florecido.

Todo cuanto va unido á esta gran festividad que celebra la Iglesia en el primer día de la Semana Santa debiera merecer el amor, el respeto y la veneración del cristiano... y no todo, sin embargo, lo obtiene.

Jesús dijo á sus discípulos cuando llegaron al Monte de los Olivos:

«Id á esa aldea que está frente á nosotros, y encontrareis al llegar una asna atada y su pollino con ella: desatadlos y traédmelos.»

Y Jesucristo entró en la ciudad sobre aquella pobre cabalgadura.

No le ha valido á la especie, sin embargo, protección y distinción tan altas. ¿Hay en país de cristianos y católicos animal más despreciado y ultrajado que ese infeliz cuadrúpedo que honró el Rey de tierra y cielo asentando en él la majestad divina?

No ha obtenido el susodicho animal desde que Jesús entró en Jerusalén sino triunfos de algunas horas; y eso en otros siglos; que el tiempo y la civilización, que todo lo cambian, lo trasforman y lo mudan, también han sido preciso es confesarlo, muy crueles y en extremo injustos con los burros.

En algunos pueblos de España se celebraba en el Domingo de Ramos una especie de apoteosis del asno. La Santa Asna era paseada por las calles, llena de cintas, bolsas, trenzas y borlones de seda y escapularios, y los vecinos tendían á su paso por el suelo cuantas mantas, albardas y cabezales tenían en sus cuadras. ¡Fugaces ovaciones! ¡Al día siguiente cargaban al cuadrúpedo de costales ó de seras, y no le dejaban pelo libre de varazo desde el rabo á las orejas! No seré yo quien intente añadir una sola espiga á la corona tegida en honor del asno por infinitos varones desde Apuleyo hasta Topffer: su paciencia, sus largas orejas, barómetro del labrador, su ligereza, que compite con la del caballo de Arabia; los diferentes engendros que produce, todos útiles al hombre; la sublimidad de su pasión cuando ama, y su valor y fiereza cuando combate con sus rivales; su domesticidad y mansedumbre; su breve dormir y su más breve comer; la afectuosidad con que distingue á sus amos; su conocimiento de los caminos, sendas y vericuetos que frecuenta, y que le señala entre todos los animales como el más apto para los estudios geográficos; todas estas preciosas cualidades de que la naturaleza le ha dotado, sin otras causas divinas, debieran ser motivos suficientes para que la humanidad le honrara. Sin embargo, los pueblos cristianos son los que menos le han estimado por sus dotes morales. Los egipcios le hicieron símbolo de la sabiduría y los hebreos de la caridad. Los gentiles le consagraban á los dioses; le coronaban en las fiestas de Vesta, le representaban en sus monumentos, le erigían estatuas y le colocaban entre los astros. Y no obstante, los cristianos vemos en la historia de nuestra religión hechos que excitan á venerar al asno. ¿Quién salva á Jesús del furor de Herodes? ¿Quién le acompaña en el establo? ¿Quién le lleva en triunfo por las calles de Jerusalén?

¡Pobres asnos! ¡Vosotros sois elocuente ejemplo de la fuerza que tienen la calumnia y la costumbre! ¡Se os acusa de indóciles, de testarudos, de ignorantes y hasta se encuentran desprovistos de armonía vuestros melancólicos rebuznos! Ingrato siempre, el hombre se aprovecha de vuestras virtudes y beneficios, y el más agra-decido y magnánimo se contenta con regalaros para los días de fiesta una albarda de labores y una jaez con campanillas.

— El siglo XIX, que es el siglo de la redención universal, debía pensar también en redimir al asno... ¿Quién sabe!...

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

## CRÓNICA DE LA QUINCENA.

Ya viene, ya se acerca, ya llega... Su proximidad se nota en la atmósfera que nos rodea, en el sol que nos deslumbra, en el suelo que reverdece bajo nuestros piés, en el general alborozo de todo lo creado. En vano espíritus apocados que aún dormitan con perezoso embrutecimiento bajo los pliegues de una capa, muestran recelo temiendo que no venga tan pronto como ellos, más que nadie, desean. Pero no tiene fundamento alguno su ridícula desconfianza. Viene á buen andar, sin que nadie la detenga, como resultado que es de las eternas leyes de la vida; viene, como ha venido siempre, impo-nente, seductora, llena de encantos, como invencible conquistadora de las almas; trayendo una sonrisa para cada uno, derramando á manos llenas todas las galas, los favores, las alegrías; dando inspiración al artista, conceptos al poeta, expansión al melancólico, salud al enfermo, y á todos contento y vida. Sus dones son repartidos con democrática longanimidad al pobre y al rico, al grande y al pequeño: no hay objeto, por inmundo que sea, que no resplandezca, herido por alguno de los rayos de luz que ella reparte á manojos en su triunfal entrada. No hay yerba despreciable que no reciba una flor, ni insecto oscuro que no sea engalanado con su ropaje nuevo de brillantes colores.

Los esqueletos vegetales que, disfrazándose con una andrajosa verdura, hacen todos los años el papel de árboles en la calle de Alcalá, principian á cubrirse de botones: las plantas bajas de los jardines se han anticipado ya, y con sus nuevos trajes están tan guapas que nadie las conoce. Los majestuosos olmos del Retiro no serán los últimos en acudir ataviados como reyes que son á esta grande fiesta de la naturaleza, en la cual sólo se niega entrada á lo que no existe. Adonde quiera que volvais la vista encontrareis la misma ostentación de vida y de belleza. Las cosas viles, así como las más apreciadas, rivalizan en reñido certámen. Las plantas de los jardines, que crecen y viven con mimo y agasajo, no se cubren de flores con más coquetería que las olvidadas yerbas de los campos. El tiesto puesto en el balcon, el casco de vasija que yace en el muladar con alguna tierra en su convexidad, la grieta del muro, el reborde del ladrillo en la torre, el alero del tejado, todo aquello que ha recibido del invierno un poco de fango, se apresura á criar una planta, un yerbajo diminuto, un sér cualquiera de los infinitos que han corrido en gérmen por ahí buscando un rayo de sol que los vivifique y un poco de tierra que los agasaje. Hasta la calavera del jumento que yace arrojada en lugar solitario, por donde no pasan ni hombres ni brutos, ha recogido una semilla y hoy se engalana con una yerba y con una flor lindísima.

Y no hablemos de la vida en otra esfera, no hablemos de la vida animal. Prescindiendo de lo que se ve fácilmente y sin necesidad de ir á escandalizar las muchedumbres de pequeños seres que han establecido sus repúblicas en los rincones, escondrijos y parajes inaccesibles de la casa y del campo, ¿cuántos individuos nuevos que en una hermosa y caliente mañana salen á pasearse por esos mundos, admirados de verse con vida y satisfechos como unos caballeros por haber nacido tan á tiempo en el más bonito de los mundos!

Los que se entretienen en tejer impalpables hilos en las ramas, los que agujerean las cortezas de los árboles, los que ponen sus mesas en las hojas de la parra, los que se meriendan en un día medio arbusto, los vagabundos que no han aprendido mejor oficio que andar por los aires tocando á nuestros oídos una especie de sordo violín, cuyo zumbido nos confunde y marea; los que todo lo ensucian á pesar de estar cubiertos con corazas de oro, los que viviendo entre basura están condecorados con esmeraldas y rubís; los sedentarios que apenas se arrastran; los inquietos que no están en ninguna parte; los que parecen locos, los que parecen tontos, todos salen en estos días del misterioso huevo, y para ellos una hora es un año y un día es un siglo, y los charcos son mares inmensos, así como todas las piedras mundos por colonizar, con lo cual son tan felices, que no cambiarían sus estados por los del Czar de todas las Rusias.

¿Qué accidentes, qué despojo hay en la naturaleza que no participe de esta irradiación prodigiosa? Los vidrios rotos que se ven revueltos en el montón de escombros, reverberan de tal modo que ellos mismos se figuran que son diamantes; los andrajos parecen púrpuras y tísús, la tierra se convierte en oro, y no hay miseria que no se transforme al contacto de un sol generoso, disfrazándose, al menos por unas cuantas ho-

ras, con la vestidura de la opulencia. Verdad es que aquí, como en el teatro, la ilusión dura poco.

A esto se añaden, en otro orden de observaciones mucho más elevado, los súbitos renacimientos que tienen lugar en el corazón humano, el despertar de los afectos, que van recobrando su absoluto dominio, mientras la razón principia á mostrarse perezosa, dejando á la fantasía que haga lo que se le antoja; y otros muchos fenómenos de que por ahora haremos caso omiso, porque con lo dicho basta para anunciar la primavera.

\*\*\*

El hombre, y sobre todo el hombre asociado, y más aún, ese ejemplar de nuestra especie que, distinguiéndose por diversos caracteres de índole histórica, etnográfica y geográfica, lleva el nombre de español, es quizás quien aparece actualmente menos en armonía con la naturaleza. Parece que un hado perverso está empeñado en conculcar eternas leyes de la vida. Cuando todo en la naturaleza respira salud y felicidad; cuando la poesía y el positivismo se dan la mano en amistosa reconciliación, ofreciendo flores al que las quiera y una buena cosecha al propietario, los españoles se aperciben para librar en las urnas electorales una de las más estupendas batallas de los tiempos modernos; y los partidos políticos, que ya van siendo muchos, y bastarían para plantear todos los principios imaginables, si las naciones, como las boticas, fueran perfectas con tener de todo, andan tan agitados que hasta las gentes más pacíficas desean las elecciones, al menos para que no se hable más de coalición, suponiendo, por supuesto, que esta sea transitoria, como sus autores han dicho.

Ya se oye el crujido de las mesas electorales, intempestivamente echadas á rodar por el furor político que bulle en la aldea con más violencia que en la capital; se ven cruzar por los aires en fatídico desorden ramas de acebuche y de fresno, que no paran hasta encontrar las costillas de un prójimo. El petardo, esa broma terrible de nuestros comicios, se confecciona en silencio para que estalle á deshora en las cercanías del colegio, poniendo en dispersión á los que con mayor celo asisten al acto. Los mozos (y de estos hechos no hacemos responsable á ningún partido, pues desgraciadamente ninguno está libre de pecado), se preparan; el pandillaje se organiza: hasta se puede asegurar que en alguna localidad se siente ya el rechinar de las navajas; que no habían de quedarse quietas estas nobles armas, cuando otras se mueven tanto. Todo anuncia el gran acontecimiento, distinguiéndose principalmente por su actividad los que han escrito siempre en sus banderas anatemas contra el liberalismo y su forma característica, que es el sufragio.

Deplorables son el marasmo y la indiferencia de los pueblos, cuando abandonando sus destinos en manos de una corte ó de una oligarquía, apenas dan señal de su existencia cuando se les consulta por mera fórmula su voluntad; pero también es triste la excesiva inquietud de los partidos luchando en las urnas con terrible encarnecimiento, y juzgando que la pasión á tal extremo enaltecida puede conseguir, sólo y sin el auxilio de la prudencia, el triunfo de los principios.

\*\*\*

Cuando esto pasa aquí, cuando en Francia no van las cosas tan bien como fuera de desear, ¡dichosa Inglaterra que puede consagrar algunos días y una buena cantidad de libras á dar gracias á Dios, prueba evidente de que aquel país ha recibido favores extraordinarios de la Providencia! El *Thanksgiving* ó *Te Deum*, que decimos los católicos, celebrado en Londres con motivo del restablecimiento del príncipe de Gales, ha sido una de las más espléndidas fiestas de la monarquía, fiesta á cuyo brillo ha contribuido el arraigado sentimiento político de aquella gente y el respeto y amor de que es objeto la augusta familia que ocupa el trono. Por un lado iluminaciones, ceremonias cortesanías y religiosas, músicas, procesiones, uniformes anticuados, cabalgatas, arcos de triunfo con los lemas de siempre, en suma, todo lo que es oficial: por otro todo lo que es popular, es decir, el alborozo de la multitud, el asueto de los colegios, la huelga de los talleres, el lujo de las clases altas, el gasto de un *shilling* en las bajas para entonar el estómago y alegrar con risueños vapores la cabeza, y por último, desde *Saint-James* hasta San Pablo, el canto ingenuo y un sí es no es fastidioso del *God save the queen*. ¡Grande y dichoso país el que tiene este himno y nunca lo canta sin razón!

\*\*\*

Bismarck, no teniendo ya franceses á quienes combatir, la ha emprendido con los católicos de su propia casa, ensayando principalmente su diabólica estrategia

con los que se consagran á la enseñanza. Sin duda no le alcanzan á los demas mortales las combinaciones de aquel grande hombre, que ha arreglado á su gusto el mapa de la Europa Central, y aun, si no mienten los síntomas, ha de poner su dedo en el de las extremidades; pero parece de sentido comun que todo lo que sea enajenar elementos útiles al nuevo imperio, ha de ser funesto para éste. La idea de la unidad concebida y vigorosamente realizada por el célebre canciller en el orden geográfico y en el político, ha de ser más difícil en el social, si se fomenta la pugna religiosa que ha nacido en Alemania, no siendo, ciertamente, toda la culpa de los protestantes. Las disidencias ocurridas entre los católicos á causa de las interpretaciones sobre la doctrina del último concilio, no serán extrañas al estado actual de los ánimos, en la parte más afortunada y más orgullosa de la grande y culta Alemania.

Entre tanto el príncipe Federico Carlos, vencedor de Sadowa y de Metz, de quien se dice que es un hábil diplomático (la diplomacia en estos tiempos ha dejado de tener por instrumento á los protocolos para manifestarse en las ametralladoras), viaja por Italia, con objeto, según se dice, de buscar alianzas que faciliten la preponderancia de Prusia en el Continente. Al mismo tiempo, conviniendo en que estas diplomacias no darán grandes resultados, hay que conceder gran importancia á las del general Moltke, quien se ocupa ¡entretenimientos de un viejecito! en poner en práctica un plan completo de defensa en las provincias anexionadas, con objeto de impedir por muchos, muchísimos años, esa revancha ó desquite que es la preocupación de los franceses, la gran frase del *boulevard* y el estribillo de todas las canciones más ó menos pudorosas y cultas de los cafés y bodegones de París.

También se propone el citado general crear una gran marina; pero como para que exista una gran marina, lo primero es que haya un gran mar, y Prusia no está muy abundante de este elemento, al menos en proporción de su gran poderío terrestre, es inevitable que el imperio alemán se ha de abrir una puerta por algún lado.

Difícil es que consigan asomar las narices (permítansenos tan vulgar frase en gracia de su gráfica oportunidad) por el Mediterráneo, que es su sueño dorado; pero tantas inverosimilitudes se truecan ahora en evidencias, va el mundo tan aprisa y cambia de aspecto con tal despreocupación, que no sería extraño ver á esos graves y ceñudos bárbaros de la civilización (esta paradoja está de moda) aparecer por ahí... no muy lejos, por el Adriático, kilómetro más kilómetro menos; que no lo dejarán de hacer por un escrúpulo de geografía.

\*\*\*

Ya que andamos cerca de Italia, hablemos de Mazzini, muerto hace poco, y cuyo retrato publica hoy LA ILUSTRACION DE MADRID.

Ningun agitador popular ha existido en el siglo XIX, que haya preocupado á las naciones y á los gobiernos como Mazzini, ardiente hijo de esa Italia fecunda en todo, patria de las artes y de la conspiración. Parece que el misterio de sus antiguas repúblicas engendró allí el romanticismo aventurero, la afición á los procedimientos secretos, la intriga á veces astuta y cobarde, á veces valerosa y heroica que constituyen el arte de conspirar. Mazzini era el génio de la revolución, mejor dicho el génio de la conspiración, y en su azarosa vida mostró las buenas y las malas cualidades que son inherentes á tan peligroso oficio. Hay propósitos, existencias, esfuerzos que no son justificados ni comprendidos hasta que el éxito, á veces desligado de la lógica, no viene á sancionarlos, y Mazzini, no sabemos si por desgracia ó por fortuna suya, jamás tuvo decididamente de su parte á tan tornadiza deidad.

Desde 1848 hasta su muerte, la vida de este hombre ha sido una continuada lucha, siempre emprendida con fé, siempre arrostrada con valor. Ultimamente sus tendencias republicanas se habían mostrado en plan mas vasto, aspirando á imponerse á la Europa entera; y en esta propaganda, hecha con actividad prodigiosa, el célebre italiano mostraba una vehemencia ejemplar, equiparándose á Víctor Hugo y á otros demagogos que parecen ser víctimas de cierto iluminismo. Sin embargo de esto, Mazzini ha bajado al sepulcro limpio de toda mancha de complicidad ó simpatía con la salvaje escuela comunista y *La Internacional*. En un documento que circuló no hace mucho por todo el mundo, manifestó que no le ligaban compromisos ni conformidades de opinión con tan despreciable gente.

\*\*\*

¿Será verdad que se trata de celebrar en Madrid una exposición universal? Aunque fuera simplemente nacional nos daríamos por muy bien servidos. Pero,

¿están locos? Una exposición aquí significaría algunos años de paz moral y material, de progreso, de bienestar. ¿Hay síntomas de que tal suceda? Hallándose las pasiones tan excitadas, los ánimos tan distraídos, los capitales tan perezosamente acurrucados en sus arcaas ó homeopáticamente disueltos como glóbulos invisibles, en océanos de papel moneda, ¿cómo es posible?...

Si hubiera una exposición de credenciales, una exposición de manifiestos, circulares políticas, programas de comité, discursos parlamentarios, es seguro que nación alguna de las de Europa y América nos llevaría la palma. ¡Ojalá nos equivocáramos al suponer que exposiciones de otra clase pueden ser pacíficamente celebradas en estos tiempos! La iniciativa particular nos parece poco poderosa para empresa de tanta consideración, y la oficial no existirá por de pronto para otra cosa que para la política. Para no desmentir ni un momento la tendencia proyectista que es uno de los más curiosos aspectos de nuestro carácter, hasta se ha hablado ya del palacio que una compañía, sociedad ó no sabemos quién, se propone labrar con tan grande objeto. Muchos ven ya esta maravilla de cristal y hierro elevarse en la Castellana ó hacia el arco de Alcalá; pero no conviene entusiasmarse demasiado pronto; que estas cosas, como no son crisis ministeriales, vienen despacio y despues de ser muy esperadas.

\*\*\*

Después del mes de enero, que presencié un movimiento editorial relativamente considerable, no han sido muchos los libros originales que han visto la luz. La primavera, sin embargo, no será infecunda: en estos días se han publicado algunas obras, y bien pronto verán la luz otras, entre las cuales hay alguna, que, según nuestras noticias, no dejará de llamar la atención apesar de la agitación política. La *Corona poética de la reina doña María Cristina* es una feliz recopilación de poesías dedicadas á esta señora por los más eminentes poetas españoles del siglo XIX, y al encanto que por tal concepto tiene, reúne el gran interés que le da el prólogo, una de las más elocuentes páginas que escribió el Sr. D. Eugenio de Ochoa.

Entre los libros que se preparan á salir al mundo después de Samana Santa, se cuenta el del joven escritor y poeta D. José Alcalá Galiano, quien ha dado el título de *Esteroscopia Social* á una colección de composiciones casi tan pequeñas como el epigrama, pero tan profundas é intencionadas como la sátira, escritas en forma ingeniosa y chispeante. Estamos tan abrumados de poesía sentimental, que esta chistosa exegesis de nuestras costumbres ha de ser recibida con unánime aplauso aunque fuera menor su mérito literario.

B. PEREZ GALDÓS.

## SEMANA SANTA.

LA REDENCION.

I.

El acontecimiento más portentoso que registra la historia en la dilatada serie de los siglos, es sin duda alguna el de la redención del linaje humano, que nos recuerda la Iglesia Católica en la semana que por excelencia se llama *Santa*.

La elevación y la caída de los grandes imperios; los triunfos y las derrotas de los guerreros y conquistadores más famosos; las inundaciones y otros cataclismos del globo en diversas épocas; los inventos que han cambiado en ciertos períodos la faz del mundo; nada cuanto en el espacio de seis mil años ha presenciado la humanidad de más sorprendente y asombroso, puede compararse, ni de lejos, con el heroico sacrificio de JESUCRISTO en la cumbre del Gólgota. El mundo ha sufrido grandes vicisitudes y cambios prodigiosos en el orden moral y material; pero ninguno de ellos ha operado en las sociedades la transformación radical que produjo aquel pasmoso acontecimiento; ninguno ha descubierto á la humanidad los nuevos y espléndidos horizontes que despliega ante sus ojos la hermosa bandera de la cruz de JESUCRISTO.

En presencia de este héroe inmortal han sido hombres vulgares todos los héroes, y al lado de la sublime escena del Gólgota no hay en la historia de la humanidad acontecimiento grande y magnífico que no sea pequeño. El sacrificio de JESUCRISTO es en la historia del mundo y respecto de todos los anteriores y posteriores como el sol en el hemisferio, que oscurece á los demas astros con su sola presencia, y así lo han reconocido hasta los gentiles mismos.

Día á la vez de dolor y de regocijo, de luto y de ale-



NUEVOS HALLAZGOS ROMANOS.



JOSE MAZZINI.

gría, de profunda tristeza y de magníficas esperanzas y celestiales consuelos, es para la humanidad como el aniversario del nacimiento de aquel que recibe la vida entre los últimos suspiros de la madre que le dió el sér; por lo cual se asocian siempre en el corazón del hijo, al recordar este suceso, ideas tan contrarias y sentimientos tan diferentes.

La grandeza de este suceso se explica bien fácilmente si se consideran el héroe admirable que figuró en la escena, los motivos que le impulsaron á tan generoso sacrificio y los frutos que había de obtener por su medio el linaje humano.

## II.

Antes y despues de la venida de JESUCRISTO nos presenta la historia laudables ejemplos de insignes filósofos y legisladores, de reyes y príncipes ilustres, de patricios y ciudadanos esclarecidos, que consagraron su existencia á la sabiduría ó á la virtud, ó se ofrecieron como holocausto en aras de la patria ó de la humanidad; pero ninguno de estos sacrificios es siquiera comparable ni remotamente con el sacrificio del hijo de María.

Aquellos, áun los que obraron inspirados por los más nobles sentimientos, no pudieron asemejarse ni en el valor, ni en la generosidad, ni en la abnegacion y el heroísmo, con el que nos presenta la historia como el grande entre todos los grandes y el héroe entre todos

los héroes. Aquellos se entregaron á la muerte en alas de la ambicion de gloria ó por cumplir un deber sagrado; Éste la arrojó voluntariamente sin otro impulso que el amor más puro y desinteresado hácia los mismos por quienes se sacrificaba: aquellos se resignaron acaso ante la ferocidad de sus verdugos, ó á lo más respondieron con palabras de perdon á sus rudos golpes: Éste exhaló el último aliento dirigiéndole suspiros de amor, además de pedir para ellos misericordia; aquellos aspiraron, por medio de su sacrificio, á la recompensa y á ceñirse de una gloriosa corona que había de iluminar con sus fulgores el cuadro de su martirio: Éste no buscaba premio ni ambicionaba corona, teniendo en sí mismo todos los tesoros y todas las gracias, y siendo sus purísimos ojos la luz y la gloria de los cielos.

Mas ¿para qué presentamos comparaciones entre objetos que no son comparables, porque los separa el abismo del infinito? Fuera más fácil comparar entre sí la claridad del sol y las sombras de la noche, y la vida con la muerte. El sacrificio de JESUCRISTO se diferencia infinitamente del de los héroes de todos los siglos, incluso los que ciñeron á sus sienes la palma del martirio, sosteniendo la verdad, porque aquel sacrificio fué el sacrificio de un Dios, necesitándose para verificarlo un esfuerzo prodigioso de la divina Omnipotencia.

Si la grandeza y dignidad del héroe realzan justamente su heroísmo en las magníficas empresas que rea-

liza, considérese hasta qué grado de sublimidad se elevará el sacrificio de Aquel que desciende del cielo cubriendo su divinidad augusta con las formas exteriores del hombre, y muere, siendo inmortal, para redimirlo.

El entendimiento humano se abisma y se confunde al contemplar este admirable portento del amor y de la omnipotencia. La divinidad lleva hasta el último extremo su amor al hombre, dando por él la vida, y agota su poder, siendo infinito, revistiéndose de formas humanas y condenándose á la muerte.

Gran sacrificio es el del soldado que muere peleando por sus banderas en el campo de batalla ó el del príncipe que sucumbe vestido con sus insignias reales y lidiando valeroso al frente de sus ejércitos; pero morir humildemente y sin aparato de grandeza el que además de ser inmortal é invencible, mandaba sobre las legiones del cielo y de la tierra, el que tenía en una mano la omnipotencia y en otra la gloria y el triunfo, es un misterio profundo que adora la razon prosternada y que no explica ni comprende el humano entendimiento.

No es, por lo tanto, extraño que la naturaleza se sobrecogiese de espanto en aquel día memorable; que se estremecieran la tierra y los mares, y que el sol ocultase entre nubes su rostro de fuego, por no presenciar el espectáculo que ofrecia al mundo la ignominiosa muerte del soberano autor de la vida.

El padre cariñoso da la existencia por el hijo; mas

al hacer este sacrificio da lo que, sin hacerlo, habría de perder necesariamente; pero JESUCRISTO, para morir en la cruz, ha tenido que rebajarse de su infinita altura y suspender, digámoslo así, por un momento su omnipotencia; dando potestad á la muerte para que hiriese con el dardo fatal su sagrada persona. La naturaleza, pues, suspendió su curso; el universo sus leyes; la divinidad su poder: y todo esto fué necesario para que muriese el que era Dios sin dejar de serlo, destruyendo nuestra muerte con la suya y reparando con su resurrección nuestra vida, según las sublimes palabras de la Iglesia en la conmemoración de este portento del amor, de la omnipotencia y de la gracia.

## III.

Si la muerte de JESUCRISTO ha sido el asombro de los siglos por las admirables condiciones de la víctima celestial inmolada en el Calvario, no fué menos sublime por los motivos que le impulsaron á tan heroico sacrificio.

El hombre, criatura de Dios, formado á su imagen y semejanza, inmortal en su espíritu, chispa brillante de sus divinos ojos, á cuyas miradas brota la vida del caos, hijo querido del Omnipotente como obra especial de sus manos, rey de la creación y heredero del cielo, alza contra su Hacedor rebeldes banderas, y cuando la *justicia* le destinaba al castigo y á la perdición eterna, ya que renunció insensato á una feliz inmortalidad, hé aquí que la *misericordia* desciende sobre la tierra como un celestial rocío en la persona de JESUCRISTO, y la esperanza perdida renace en el corazón de la triste humanidad.

Si la justicia del Eterno pronunció su tremendo fallo para castigar á sus rebeldes hijos, y si este fallo debía cumplirse necesariamente, el amor arbitró un medio en los arcanos de la sabiduría infinita, para que, ejecutándose el soberano decreto, no se consumase la perdición de los rebeldes y se abriera ante sus ojos afligidos el friso consolador de la esperanza. Deuda tan inmensa sólo podía perdonarse por medio de un fiador de mérito infinito; y el Hijo del Eterno se constituye voluntariamente en víctima propiciatoria. Si el sacrificio fué de un valor inmenso por la calidad escelsa de la víctima, no fué menos grande por la manera de verificarse. El acto más leve del Hijo de Dios, teniendo un valor infinito, hubiera sido bastante para redimir á la humanidad y abrirle las puertas del cielo, que la culpa de Adán le había cerrado; y sometiendo voluntariamente á una muerte afrentosa, llevó el amor hácia los hombres á un grado de heroísmo que no puede concebir la razón ni alcanzar el sentimiento más profundo y delicado.

La raza de Adán prevarica faltando á las divinas leyes, y no sólo obtiene la misericordia y el perdón, sino que se borra su culpa con la sangre de un Dios, que se constituye en Padre y en Redentor de hijos desleales; y en vez de imponerles castigo, los realza y engrandece, viviendo entre ellos, tomando sus formas y dándoles el cielo por herencia.

No es posible que la imaginación conciba la idea de este gran sacrificio, porque excede las fuerzas del entendimiento humano; y sólo la gratitud del corazón es la que podría corresponder de algún modo á una acción tan heroica.

## IV.

No es menos digno de admiración el portentoso acontecimiento que recordamos, si se examina con relación á los frutos que el linaje humano había de obtener por su medio.

Realizada la obra de la creación, y habiendo faltado el hombre al divino precepto, quedaba cumplida y satisfecha la justicia del Eterno con haberle condenado, sin que por esto se disminuyeran en un ápice ni la grandeza de su poder ni la inmensidad de su gloria; pero se duele de su desgracia apesar de ser impasible, y quiere volverle de nuevo á la vida después de muerto, y dispone en sus inescrutables juicios redimirlo para que no se interrumpa por el pecado la grande obra de la gracia y de la misericordia. Sin duda para dar mayor realce á este sacrificio, permanecen sobre el universo por espacio de cuarenta siglos las tinieblas del error y de la muerte, suceden inmensas catástrofes que estremecen el globo, y se consuman otros acontecimientos terribles y asombrosos, que debían preceder á la escena sublime del Calvario; pero llega el día vaticinado por los Profetas en los libros santos, aparece en el mundo el Hijo de la Mujer Inmaculada, predica su doctrina, anuncia la nueva feliz á la humanidad, descubre ante sus ojos nuevos horizontes de esperanza y de gloria, y se sacrifica en la Cruz, disipando con la luz de la corona de su

divino martirio los errores, y atando la muerte al carro de sus triunfos.

Realizado este grandioso suceso, la humanidad despertó de su sueño, y puede decirse que renació á nueva vida el día de la muerte de JESUCRISTO. Elevada la Cruz en el Calvario, descubriase en ella una luz hasta entonces no vista, que marcaba al género humano su porvenir y el camino que había de emprender para alcanzarlo. Ante la luz de aquella esplendente y gloriosa bandera, huyeron avergonzados y confundidos los errores que oscurecían al mundo. La sangre de las víctimas humanas dejó de correr en los nefandos altares del gentilismo, sustituyéndose á sus nùmenes irritados y pavorosos la imagen de un Dios de paz y de misericordia: los grandes y poderosos de la tierra, que hasta entonces habían tratado como esclavos á los humildes y á los pequeños, tuvieron que reconocerlos como á hermanos: la mujer, que había sido la sierva del hombre, se elevó al merecido rango de su compañera, regenerándose por este medio y volviendo á su primitiva dignidad y á su antiguo decoro la mitad más preciosa del linaje humano.

Concluyéronse ante el resplandor de la Cruz de JESUCRISTO los privilegios de las razas y las diferencias de los colores; porque á todos los hombres los adoptó el Eterno por hijos, y el Héroe inmortal por hermanos, en la persona de su discípulo predilecto; y formóse del linaje humano una inmensa familia unida por los estrechos vínculos del amor y de la caridad. ¡Véase cuán admirable transformación fué la que verificó en el mundo la obra de la redención humana en el orden de la naturaleza moral, de la dignidad y de la espiritualidad del hombre!

Si desde aquí penetramos en el terreno de la filosofía, veremos que la verdad del cristianismo disipó también los errores extendidos por la multitud de las escuelas gentílicas, que agitaban al mundo y que habían trastornado las ideas de la moral, los principios de la política y las máximas fundamentales del gobierno de los pueblos.

La inmortalidad del alma, vislumbrada por los antiguos sábios, se convirtió en una creencia inalterable; la justicia de Dios en esta vida y en la futura fué elevada á dogma universal, y el premio de las virtudes y el castigo de los vicios y de los crímenes formó desde entonces la esperanza de los buenos y el consuelo de sus pasajeras amarguras, al paso que sirvió de terror y de freno á los malvados, que vieron seguro el día de la expiación de sus iniquidades, aunque burlaran por algún tiempo el rigor de las leyes humanas y la vigilancia de los poderes sociales.

Todo en el mundo sufrió un cambio maravilloso: la moral, la filosofía, la política, las costumbres, las leyes, el gobierno de los pueblos, el Estado, la familia, el ciudadano en sus relaciones con la sociedad, y el individuo en su aislamiento.

Las civilizaciones anteriores al Cristianismo, apesar de sus maravillas artísticas, de las que nos ofrecen testimonio templos como el de Salomón, murallas como las de Tebas y Babilonia, obeliscos y pirámides como las de Egipto, obras como los acueductos romanos, y aquellos palacios de la antigua Grecia, fabricados con el cincel en las duras rocas, nada de esto nos presenta los caracteres de la elevación, de la grandeza y de la sublimidad con que vino á realzar al género humano la doctrina del Salvador del mundo. Aquellas civilizaciones no tuvieron un punto de partida fijo y seguro en la espiritualidad del hombre, en la moralidad rectamente entendida de sus acciones, ni en la justicia inmutable de un Dios protector de la virtud y vengador del crimen, ni en la constante solicitud de su providencia, vigilando siempre por la suerte de sus criaturas, y guiando á la humanidad hácia su inmortal destino.

Por este vacío inmenso, por esta falta de base de aquellas civilizaciones, se descubren en la historia de los pueblos más cultos y morigerados y en las obras de los legisladores más sábios, ya instituciones corruptoras, ya abominables costumbres, ya leyes inicuas y tiránicas, incompatibles con la verdadera civilización; y sólo la Cruz de JESUCRISTO fué la muralla misteriosa que contuvo el torrente de tantos errores y de tantas preocupaciones que tenían á la humanidad en una degradación lastimosa.

## V.

Si en el principio del mundo hizo el Supremo Hacedor brotar la luz del caos, en la escena del Calvario hizo salir la verdad de entre las nubes del error, y fijó en los dos brazos de la Cruz de su sacrificio las dos fases de la civilización futura del mundo, que son la *caridad* y la *justicia*.

Estas dos grandes virtudes, hasta entonces desconocidas ó malamente aplicadas, constituyen los cimientos sólidos de la civilización y del progreso de la humanidad; y no hay, ni en la condición pública, ni en la privada, ni en el gobierno de los pueblos, ni en el interior de las familias, ninguna idea ni ningún sentimiento que no se comprenda en ellas, ó que por ellas no se explique.

La redención del hombre fué un acto adorable, donde desplegó el Eterno su justicia con toda su imponente majestad, y donde ostentó al mismo tiempo su caridad inagotable.

Desplegó su justicia haciendo sufrir horribles padecimientos y un generoso sacrificio á la víctima inocente que había tomado sobre sí la responsabilidad de ajenas culpas; y ostentó su caridad inmensa, rehabilitando á los culpados y restituyéndolos á su pérdida gracia, cuando pudiera haberlos confundido, sin admitir al fiador divino que se inmoló para salvarlos.

Para que el sublime ejemplo que recordamos en estos días sea fructífero, es indispensable que á todos nos estimule á la práctica de aquellas dos virtudes sublimes que brillan como dos faros esplendentes en la Cruz de JESUCRISTO. *Justicia* y *caridad* pide el recuerdo de la redención del género humano á los legisladores y á los gobiernos en el desempeño de su misión elevada: *justicia* y *caridad* pide también á los súbditos y á los ciudadanos privados en sus relaciones con los poderes públicos y en el seno íntimo del hogar doméstico.

¿Buscamos los adelantos de la civilización? ¿Pretendemos que el progreso avance en sus conquistas? ¿Aspiramos á resolver el árduo problema de la felicidad de los pueblos y á descifrar los misterios del porvenir? Pues es tarea bien fácil acometer y realizar, con gloria de la humanidad, tan sublimes empresas. Alcemos ante todo en el fondo de nuestro corazón un altar donde tributemos sincero y respetuoso culto á la *caridad* y á la *justicia*; y llevémoslas, después que hayan recibido nuestros homenajes, al templo de las leyes, al santuario de los tribunales, á la región de los gobiernos y de las autoridades todas, y erijámosles también en estos sitios un ara sacrosanta, y veremos entonces cómo la sociedad se regenera prodigiosamente; extendiéndose la tranquilidad, la paz y la fraternidad por todos sus ámbitos, donde hoy sólo imperan los rencores y las rivalidades con su séquito horrible de intrigas, de partidos y de guerras sangrientas, y el egoísmo con su repugnante y helada indiferencia.

Abramos el corazón á los sentimientos de una gratitud profunda, recordando en la Semana Santa el heroico sacrificio del Salvador del linaje humano; y si aspiramos á que sea fructuosa para las naciones, para los individuos y para la humanidad en general la sangre preciosísima derramada en el Calvario, llevemos todos por norte de nuestras acciones la *caridad* y la *justicia*.

Sin estas dos virtudes, que del árbol de la Cruz se desprenden, la redención operada para nosotros nos dejaría como dormidos entre las sombras del error y de la muerte, y no tendríamos, para alivio de los dolores y de las amarguras de la vida, ni aun el consuelo de la esperanza.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCON.

## VIVA LA CONSTITUCION DEMOCRÁTICA.

ANÉCDOTA ECONÓMICA, AUNQUE CARA.

Érase una villa de España ricamente dotada por la naturaleza y por la industria. Corría en sus contornos un riachuelo que de trecho en trecho prestaba los hombres de sus saltos de agua para empujar las inmensas turbinas de sus fábricas, y se perdía después en un espeso follaje de huertas y de castañares, como si fuera á descansar á su sombra de las fatigas de su trabajo diario. Alzábase gallarda la ciudad sobre una suave colina tapizada en su falda de frondosos viñedos, en el recuesto de la cumbre se dibujaban las ruinas de sus antiguos muros esmaltadas aquí y allá de vivaces yedras, y era frecuente verla engalanada con los vistosos matices de sus renombrados paños de grana, que tendidos á sus alrededores, parecían sargas de corales puestos sobre su pecho para realzar su belleza.

Érase un tiempo en que los españoles creían haber soltado decididamente los andadores, satisfechos de realizar en pocos meses todas las conquistas y todas las calaveradas de una revolución en regla; y érase por último un viajero más versado en periódicos y folletos

que en la práctica de la vida y en las costumbres de su patria.

Llegaba el viajero á la ciudad con la emocion con que se va á visitar á un antiguo amigo encumbrado en breves dias por la fortuna: la habia conocido hacia tiempo, inquieta bajo la mano de gobiernos que la oprimian, casi siempre apercibida al combate, y era grande su curiosidad de ver cómo sus aspiraciones se habian desenvuelto al calor de una libertad sin reglamentacion ni desconfianzas.

Lo primero con que tropezaron sus ojos fué con una espléndida y animada merienda, y tuvo por de buen agüero el encuentro.

¡Dichosa ciudad! exclamó, que das tan abundante parte de ganancias á tus obreros, que despues de llenar las múltiples atenciones que la libertad habrá creado, de escuelas, socorros mútuos, sociedades cooperativas, bancos del pueblo, etc., etc., aún les dejas con qué satisfacer aquella su tradicional costumbre de los períodos de opresion y de silencio, de ahogar en vino y escabeche el dolor que les causaba la política reaccionaria del antiguo régimen.

Entró poco despues en la carretera que une la villa á la capital de la provincia, y la encontró, con sorpresa, surcada de tan hondos baches y descarnada en trozos tan extensos, que amenazaba confundirse pronto con el accidentado cauce de cualquiera arroyada; pero no le abandonó su fé y dijo para sí, aunque con expresion ménos entusiasta: sin duda alguna que el desarrollo del tráfico ha sido tal, merced á la abolicion de los consumos, á la libertad de cultos y al sufragio universal, que no basta el cuidado más asiduo á reparar los ultrajes de los innumerables trasportes de todo género, que deben haber brotado al calor de tantas reformas; pero sólo encontró en el camino, para confirmar esa observacion, una recua de robustos machos extremeños con sendos costales de lana, sobre uno de los que dormitaba el arriero, con su escopeta de Eibar pendiente entre las alforjas y la bota; ni más ni ménos que los que habia encontrado cuando la Constitucion de 1845, áun con la Reforma por derogar, era la ley fundamental de la Monarquía española.

Llegó á las puertas de la villa, y se fijaron con dolor sus ojos en la modesta lápida que conmemora las víctimas sacrificadas en las últimas discordias civiles: parece puesta allí para recordar al viajero distraido, el triste portazgo de sangre que cobra la Providencia á los pueblos en el camino de la libertad; y entró con deseo más ardiente aún de tocar por sí mismo las ventajas de esta última etapa.

Esperaba allí á nuestro viajero un antiguo amigo que le habia servido de cicerone para visitar la ciudad y enterarse de su espíritu: honrado fabricante en pequeña escala, verdadera reliquia de otros tiempos por su fé política y su entusiasmo progresista. Traía nuestro héroe tal apetito de saborear los frutos de la revolucion al natural y sin los aderezos de la *Iberia*, que ántes de preguntarle á su amigo, no ya por su mujer, pero ni aun siquiera por su fábrica, cuénteme Vd., le dijo, qué han hecho por aquí en estos años, despues de aquellas sangrientas jornadas que tantas lágrimas y tantos sacrificios costaron á todos Vds.

—¡Ah! esto está transformado, pero todavía se ha de transformar más con el tiempo, y cuando entre en caja.

—La libertad de imprenta y de enseñanza habrán desarrollado aquí mucho los intereses morales de un pueblo rico, inteligente y activo como éste. ¿Tienen ustedes periódicos de la localidad, se habrá abierto Instituto?

—Periódicos, no señor; pero libertad de imprenta toda la que se quiera; ahora verá Vd.; y acercándose á un puesto de pan que ocupaba toda la acera de la calle, tomó una oronda libreta y se la alargó á nuestro héroe, que no acertaba qué relacion podria haber entre la panadería y el libre exámen.

—Aquí tiene Vd. una libreta *federal*; en efecto, en uno de los rubicundos carrillos habia estampado un gorro frigio y alrededor un letrero que decia, *Viva la república federal*, en vez de *La Ceres* ó *La tahona del mico* que suelen estamparse en las galletas ó panecillos de estas respectivas procedencias. Me parece que no se puede pedir más libertad de propaganda, dijo el fabricante; hasta los monárquicos más empedernidos tienen que tragarla, y no negaría aquí Posada Herrera que es este un derecho político acompañado de su correspondiente pedazo de pan.

—¡Pero, no se ha abierto calle el pensamiento, ántes aberrojado, en manifestaciones más amplias, aunque sean ménos nutritivas? ¿No hay reuniones públicas, clubs donde se acostumbre el pueblo á la contradiccion de los principios, al análisis de los hombres, y se pre-

pare para ejercitar con conciencia el acto solemne del sufragio?

—De eso habia algo al principio, pero ya se han cansado porque los oradores no decian más que lo que trae la *Igualdad*, y de elecciones estamos mal: en las últimas quise yo provocar una reunion de liberales, pero cuando iba á un comité á proponerlo, me encontré con que salia el secretario abriendo una inmensa navaja de seis muelles. ¿A dónde vas con ese chisme? le pregunté: «Voy á la ribera á hacer *propaganda*, que hoy se vota la mesa»; y desistí de hacer *propaganda* por mi lado; porqué ¡quién compite en fuerza de lógica con una navaja de seis muelles!

—Lunares del sufragio universal, exclamó nuestro viajero; siempre las luchas políticas se han de señalar con la corrupcion ó con la violencia. Hablemos de los progresos sociales, de esos triunfos sin vencidos y sin víctimas, pura encarnacion de la libertad económica. ¿Cuántos Bancos del pueblo se han creado? ¿Cómo funcionan las sociedades cooperativas? ¿Hay alguna de participacion de obreros y fabricantes?

—No señor, todavía no se ha planteado nada de eso. Su amigo de Vd. D. Luis, aquel jóven abogado que habia estudiado en Madrid, fundó una sociedad cooperativa de consumo; algunos entraron por consideracion á él, y daba muy buen resultado; pero desde que se fué á Badajoz todos lo han dejado y la sociedad ha concluido. En cuanto á la coparticipacion de ganancias, esa sí, se perfeccionó mucho á raíz de la revolucion.

—Pues eso solo compensa todos los demás lunares que iba advirtiéndome, exclamó entusiasmado el viajero; esa es quizá la fórmula de la solucion definitiva del problema social.

—Pues sí, señor, eso aquí no ofrece la menor dificultad; cuando algunos obreros necesitan fondos, los más conocidos de entre ellos pasan una notita fijando la suma á los principales fabricantes; nos repartimos lo que á cada uno corresponde, y lo aprontamos con el conveniente sigilo para que no se enteren las autoridades, que en honor de la verdad se han mostrado siempre muy discretas en esta materia.

—¡Qué escándalo! no era eso á lo que yo me refería. ¿Cómo se tolera tal imposicion?

—Yo le diré á Vd.: en primer lugar, nosotros les estamos agradecidos, porque dos ó tres veces que en poco tiempo han sido dueños de la poblacion, han respetado escrupulosamente las personas y las propiedades, contentándose con que les diéramos los repartos que nos pedían, y como no es la última vez que han de volver á ser los amos, no podemos estar mal con ellos. Además, aquí una fábrica se puede quemar en un decir *Jesus*.

—¿Con tales elementos serán espantosos los progresos de *La Internacional*?

—No, señor, todo lo contrario; algunos emisarios y propagandistas han venido, pero sin éxito; y no podia suceder otra cosa: ya he visto que se han obstinado Vds. en el Congreso en convencernos de que nos debemos asustar de *La Internacional*, pero desgraciadamente no estamos en ese caso.

—¿Cómo desgraciadamente? Explíquese Vd., no comprendo ese enigma.

—Pues es muy sencillo: *La Internacional* tendrá importancia y sentido en los países en que una organizacion fuerte del Estado garantice al fabricante y al propietario el uso absoluto de su propiedad, de su capital, del empleo de sus obreros; pero donde el pobre y el obrero fijan á su antojo las horas y los dias de trabajo, ponen el veto á las máquinas que inmediatamente les perjudican, obtienen con el más pequeño motin aumento de salario y gozan de una preferencia positiva sobre el propietario, en la recoleccion de la aceituna, el aprovechamiento de los pastos, el espiguelo de los rastrojos, el corte de las leñas, el disfrute de los espartos, las utilidades de la pesca, de la caza y de todos los árboles frutales, que es lo que sucede en estas provincias del Centro y Mediodía de España, hay atraso, ignorancia, pobreza general, socialismo práctico, pero son desconocidas y exóticas esas aspiraciones del obrero de París y de Lyon, hijas de su sed de goces y del sentimiento de su inferioridad y de su impotencia ante un organismo social inflexible. La única *Internacional* que aquí tendria sentido práctico, seria la de los fabricantes y propietarios agrícolas que aspiraran á subvertir la administracion pública y las costumbres y sentimientos del pueblo español hasta el extremo de que nadie pudiera disponer impunemente de lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Pero de esto estamos muy distantes y ahora más que nunca; así es que nuestros obreros, que no ven ni oyen por el intermedio de la *Revista de Ambos Mundos* y el *Catálogo Guillaumin*, como muchos de nuestros estadistas, no han entendido eso de *La In-*

*ternacional*, son contadísimos los inscritos en la tremenda asociacion, y el ideal de su federalismo es hacer de esta villa la capital de la provincia y traer aquí el gobernador, la Audiencia y el obispo.

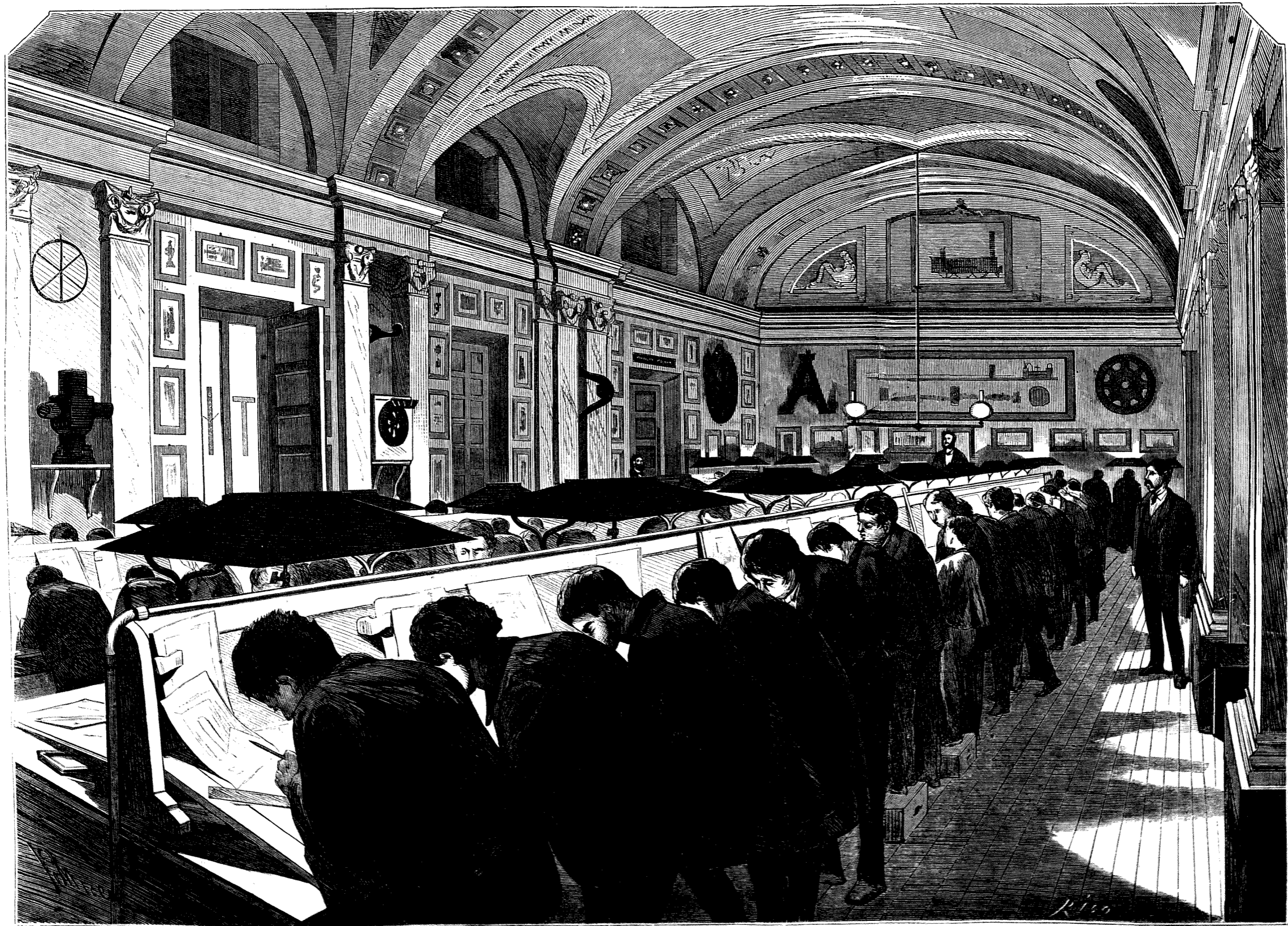
—Paréceme, amigo mio, observó nuestro viajero, un tanto recargado el cuadro y temo se resienta de ser fabricante el pintor. ¿Es posible que en el centro de España y ya en las alturas monárquicas de la revolucion de Setiembre, sean los capitalistas los oprimidos y los que sientan la necesidad de una *Internacional* de propietarios que los redima?

—Un hecho se lo probará á Vd. mejor que un tomo de reflexiones; visite Vd. las fábricas y pregunte á mis compañeros: todos le dirán la inmensa dificultad con que luchamos y que amenaza seriamente nuestra existencia. En toda Europa se ha aplicado el telar mecánico á la fabricacion de los paños: es una máquina con la que no es posible luchar, hay que aceptarla ó morir: ella sola puede producir esos paños finísimos, cuyo consumo ha venido á aumentarse considerablemente con su aplicacion á los trajes de las señoras; no sólo representa una economía inmensa en la mano de obra, sino que da á los tejidos una igualdad á la que no puede llegar el más hábil tejedor, que no conserva al fin del dia la misma fuerza con que empezó su labor por la mañana; todos las conocemos, todos podríamos traerlas á nuestras fábricas, y esto nos aseguraba, no sólo mayor ganancia, sino nuevos mercados y nuevos productos que multiplicarian en poco tiempo los establecimientos industriales de esta villa, haciendo de ella quizá el centro productor más importante de España. Ningun elemento natural nos falta para eso: el motor gratis, las aguas admirables para los tintes, las primeras materias á los puertos, la vida muy barata, inteligencia indisputable en los obreros, conocimiento de todos los adelantos europeos en los fabricantes; y con todos esos prodigiosos elementos, lo más que logramos hace años es permanecer estacionarios, surtiendo de bayetas y paños burdos las clases bajas de Extremadura, parte de Portugal y de Galicia; y esa máquina que transformaria nuestra ciudad, sigue siendo para nosotros un sueño de audacia en el que nadie se atreve á pensar despierto. Ya se vé, los tejedores son la aristocracia de nuestros obreros; su jornal es de seis á siete duros por semana, apesar de reducirlos á cuatro ó cinco dias de trabajo, por estender la santificacion del domingo y sus consecuencias, desde la tarde del sábado hasta la madrugada del martes; por ellos reinan los concejales, y el legislador del distrito determina la justicia ó al ménos la vota; pero nosotros, pobres fabricantes, sin más consuelo que la lectura de *La Época*, carecemos de fuerza para libertarnos de esa opresion que nos impone la perpetua inseguridad en que vivimos. Un cuatro y medio por ciento de aumento en nuestras actuales ganancias supondria la introduccion del telar mecánico, aunque no fabricáramos una sola pieza de paño más de las que hoy elaboramos; y las vendiéramos al mismo precio; y son incalculables el progreso y la actividad que daría á nuestra industria abriendo para ella nuevos órdenes de consumidores, sin perder por eso ninguno de los antiguos. El tributo que de esa manera indirecta pagamos á nuestros obreros, importa próximamente lo que la contribucion industrial que satisfacemos al gobierno. Dígame V. despues de oír y de comprobar este hecho, si no tenemos motivo para organizar una huelga de los ricos, por medio de una *Internacional* de fabricantes, que preparara una sublevacion contra la tiranía de los pobres.

—¡Terrible desencanto para mis ilusiones! exclamó con tristeza nuestro viajero. ¿Con que es decir, que la libertad absoluta del pensamiento sólo ha hecho sentir sus efectos en la elaboracion del pan? ¿El sufragio universal sólo ha abierto nuevos horizontes al arma nacional cantada por Cutanda? ¿La libertad económica sólo se ha aplicado á rescates de los fabricantes y á la proscripcion de las máquinas? ¿Y la autonomia municipal y provincial á la destruccion de los caminos públicos?

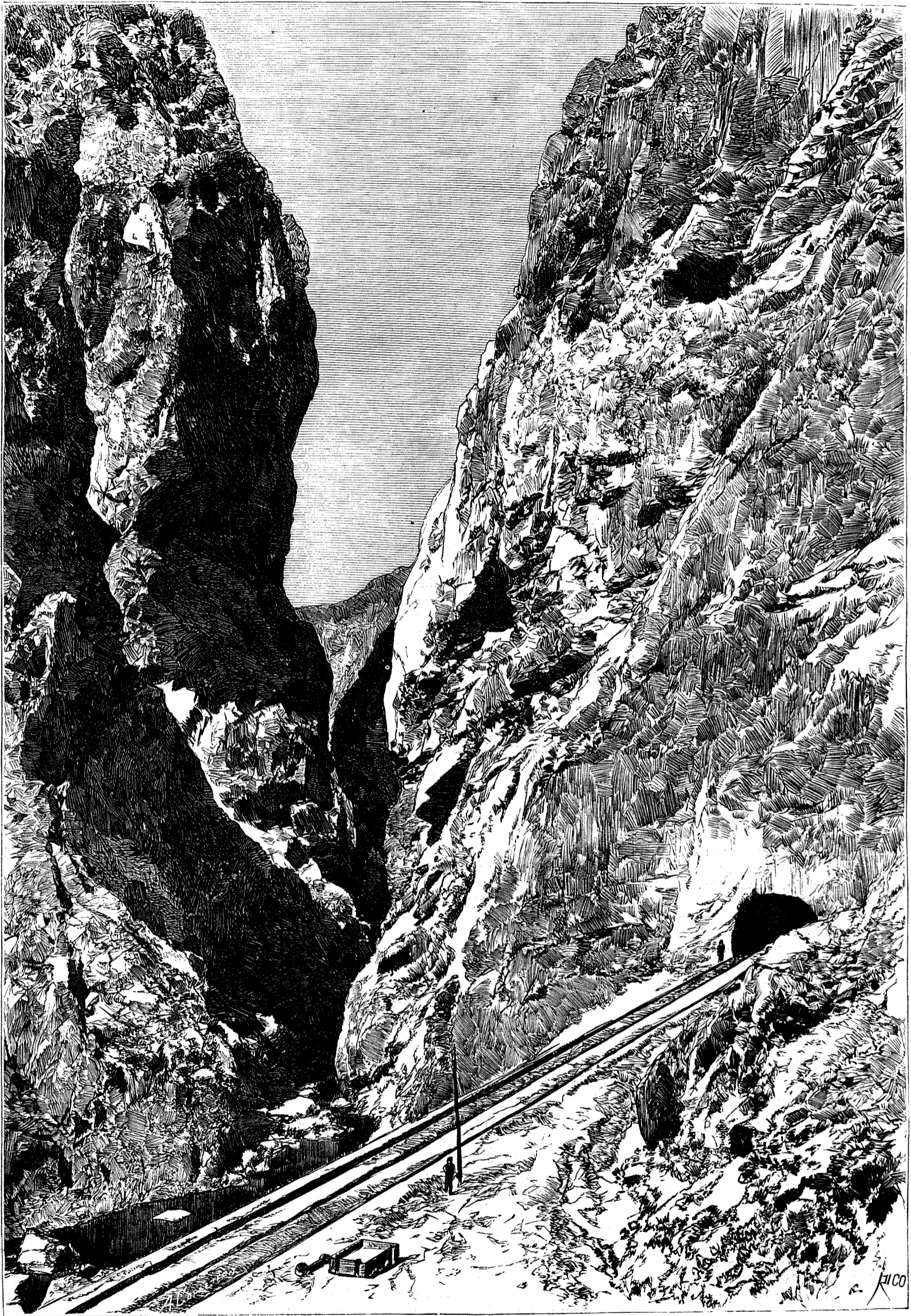
—En esto último debo rectificar su juicio: cuando el Estado confió á las provincias el cuidado de sus caminos, quisieron algunos que se adjudicara ese por donde Vd. ha venido á los predios limítrofes, con el objeto de ararlo; pero la Diputacion se opuso decididamente á ese pensamiento, y lo único que ha hecho es suprimir los gastos de conservacion, porque quiere nivelar su presupuesto, desequilibrado por un empréstito para redimir á los quintos, segun habian prometido en su programa electoral todos los diputados.

En estas pláticas llegaron el viajero y su acompañante á la Plaza de la ciudad: la noche habia cerrado por completo; un grupo de serenos en correcta formacion salian de las Casas Consistoriales, y deteniéndose



ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.—(MADRID).—CLASE DE DIBUJO GEOMETRICO.





TAJOS DE GAITAN.

en el umbral, gritó con la pausada cadencia de quien cumple un deber diario: ¡Viva la Constitución Democrática!

F. SILVELA.

Setiembre 1871.

## LA SECCION CUARTA

DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

(Conclusion).

### IV.

Antes de dar la vuelta, siguiendo á la izquierda, daremos la atención en unos como banquillos, de tamaños diversos que se ven en los armarios, de los cuales nos dará razón mejor que nadie el insigne Gonzalo Fernandez de Oviedo. Dice éste, hablando de un indio de Teocoteaga (Nicaragua): «e por almohada tenia un banquito pequeño de quatro piés algo cóncavo, que ellos llaman *duho*, de muy linda e lisa madera, muy bien labrado por cabecera.» Otros indios tenían lo mismo. Pág. 110.

«E traénle un *duho* (al cacique), en que se assiente, e a par de sí siete u ocho mujeres, a do quiera que el tal principal vá, e quando le falta el *duho* e no se le traen, assíéntase en las rodillas de una de aquellas mujeres.»—(Gonzalo Fernandez de Oviedo. La primera cita se puede ver en su obra: *Historia general y natural de las Indias*; edición publicada por el Sr. D. José Amador de los Ríos, bajo los auspicios de la Academia de la Historia. Parte Tercera, tomo IV, libro XLII, capítulo XII, página 102. La segunda, en la misma obra, tomo, parte, libro y capítulo citados, página 142.)

El mismo autor nos ha de dar más luz sobre unos, llamados tambores, que se ven, pasado el vaso mejicano de que hablamos arriba, y están á un lado y á otro de la canoa del río Napo, traída con ellos por la Comisión científica enviada al Pacífico. No son del todo iguales al que Oviedo describe; pero de la explicación se comprende cómo se usan los que hay en el Museo.

«La forma quel atambor, etc., etc., es un tronco de un árbol redondo, e tan grande como le quieren hacer y por todas partes está cerrado, salvo por donde le tañen, dando encima con un palo, como en atabal, que es sobre aquellas dos lenguas (se refiere al grabado), que quedan del mismo entre aquesta señal semejante. La otra señal, que es como aquesta (grabado), es por donde vacían o vacuan el leño o atambor quando le labran, y esta postrera señal ha de estar junto con la tierra, é la otra que disce primero de suso, sobre la qual dan con el palo; y este atambor ha de estar echado en el suelo, porque teniéndole en el ayre no suena.»—En algunas partes ponían cueros de ciervo ó de otro animal (pero los encorados se usaban en Tierra-Firme): donde no había animales cuyo cuero sirviese, se usaban en la forma arriba dicha.—(Oviedo, obra citada, parte I, libro V, capítulo II, página 130.)

Llegamos, en fin, á la que podemos llamar otra cabecera del salón. Allí se ve en el arco cerrado de la parte superior, dispuesto guardando simetría con el que hay en la cabecera de enfrente, otra panoplia de armas, la mayor parte malayas, por el estilo de las que ya hemos mencionado en igual ocasión. En los estantes que hay debajo se conservan multitud de ídolos y pequeños objetos de barro, cobre, plata y oro: A propósito de este metal, ó mejor dicho del dorado, bueno es tener presente lo que refiere Oviedo: Los indios, dice, saben muy bien dorar las piezas y cosas que ellos labran de cobre ó oro muy bajo; tienen en ello tanto primor, y dan tan subido lustre á lo que doran, que parece oro de 23 quilates segun el color con que sale de sus manos. Esto hacen ellos con ciertas yerbas, y es tan grande, tan (ventajoso) secreto, que cualquier platero de Europa ó de otra parte donde se supiese emplear, bien se podría llamar riquísimo el que supiera dorar de tal manera. Esto, segun el insigne historiador á quien hemos ido siguiendo casi palabra por palabra, (obra citada, parte primera, libro VI, capítulo VIII, página 189), no se usaba en las Antillas, sino en Tierra-Firme. «Yo he visto, añade, la hierva, é los indios me la han enseñado; pero nunca pude por halagos ni de otra forma sacar de ellos el secreto, e negaban que ellos lo hacían, sino en otras tierras muy lexos, señalando al Sur ó parte meridional.» Esto dice Oviedo, y nos ha parecido traerlo á cuento en esta ocasión, que no puede ser más oportuna. En los estantes de que vamos hablando hay tambien algunas armas y utensilios de obsidiana, de los cuales mencionaremos varias delicadas lancetas con que se sajan los indios las piernas, cuando se les hinchaban despues de larga y fatigosa jornada.

### V.

Como aquí empieza la preciosa serie de los vasos peruanos, una de las más ricas colecciones, que, en su género, se pueden hallar, recorreremos ántes los armarios que van por el medio del salón, ocupando la mayor parte de su longitud. Lo primero que nos llama la atención, es un hermoso espejo de obsidiana, llamado *Espejo de los Incas*, los cuales bien podían servirse de él, que, apesar del negro color de la piedra, merced á su excelente calidad y al precioso pulimento que recibe no sólo refleja á maravilla cuantos objetos tiene delante, pero aun los mismos colores repite, no mucho más bajos que ellos son en sí. Ciertamente que un espejo de obsidiana por el estilo, hasta debe ser preferido á muchos de acero y á no pocos de cristal inferior. Adornos de plumas y collares de semillas, conchas, helitros de escarabajo y dientes de varios animales, en especial de monos, ocupan el espacio que hay entre el espejo citado y una cabeza de indio, reducida al fuego, que aún conserva parte de la negra y lacia cabellera que tenia en vida.

De estatuitas, perfumatorios y multitud de objetos de China que despues encontramos, se necesita para hablar de ellos mucho más espacio del que disponemos. Muchos bronces merecen especial atención, así como algunos maniqués, vestidos con ricos trajes de mandarines del Imperio Celeste, y otro de guerrero. La prontitud con que vamos pasando no nos ha de estorbar el ver las telas que da el árbol de las mantas, de que hay muchos y curiosísimos ejemplares. Son capas corticales que se toman del referido árbol, y dan á los indios abrigo excelente, así como el árbol del pan les da alimento; de suerte que si á esto se une la benignidad del clima, se comprende no sea fácil persuadir á los naturales de ciertas islas del Pacífico á que empleen el tiempo en trabajar. Pero demos la vuelta, y al paso veamos dos preciosos faroles chinos con embutidos de alambre de plata, que por su forma y pormenores merecen especial mención. Ni es mucho que saltemos de América á China y de Filipinas á Otaíiti, que por grande que sea el espacio del salón, siempre habrá que pasar de unos objetos á otros de relación escasa.

Detengámonos, por último, en el Perú. Sus vasos, que al presente pasan de 700 en el Museo Arqueológico, son, en cierto modo, resumen del rico y poderoso imperio de los Incas. En ellos, no sólo se advierten multitud de formas diversas, sino usos y costumbres por demas singulares y aun obscenos hasta el último punto.

Quien esto escribe, jefe de la sección que tan á la ligera va describiendo, desde que el Museo se fundó hasta fines del verano de 1868 \*, no pudo ménos de hallar grandes dificultades para las papeletas referentes á los citados vasos. En otros muchos objetos habia ya empleado el Sr. Janer, su antecesor, cuando se conservaban en la Historia Natural, la gran copia de conocimientos que posee, mas el tiempo le habia faltado para los vasos peruanos, con lo que fué necesario ocuparse cuidadosamente en estudiar y describir tan rica y variada colección. En todo procuramos hacer el estudio más detenido que nos fué posible, viendo de aclarar muchas dudas, y dejando otras al tiempo y á más minucioso exámen. Por ejemplo, en los nombres de las frutas que muchos vasos representan, nos pareció preferible no mencionar sino las muy conocidas, comprendiendo á las demas con denominación genérica, por no ser fácil, á primera vista, conocer la mayor parte, ni muchas de ellas, aun despues de muy detenido exámen. La razón fácilmente se comprende, pues sin el color del fruto, las hojas del árbol y otras cosas necesarias para el caso, hallará siempre el más diestro naturalista gravísimas, si no insuperables dificultades para la clasificación. Queda siempre, así para el conocimiento de la Flora como para el de la Fauna del Perú, ancho campo á los curiosos y aun á los mismos naturalistas, prescindiendo de la manera con que comprendían los peruanos la representación artística de cuanto les rodeaba.

\* \* \*

Al recordar el amor con que hemos trabajado en el estudio de muchas preciosidades que la sección cuarta encierra, y al ver la ligereza, sólo perdonable despues de las razones más de una vez alegadas, con que al pre-

\* Ayudábale en sus tareas los Sres. Ortiz de Zárate, al presente auxiliar del ministerio de Fomento, y Ezquerria, cesante, ayudantes del Cuerpo. Hoy están encargados el Sr. Sala, jefe de la sección, y los Sres. Tapia, Gorostizaga y Dóriga. Al grato y amistoso recuerdo que de los primeros conserva, se une la satisfacción con que ve á los segundos ocuparse, asiduos é inteligentes, en el exámen y estudio de la sección que tienen á su cargo.

sente nos hemos visto obligados á hablar de tanto y tanto objeto digno de particular estudio y del más cuidadoso esmero, grande seria nuestra pena si en la misma sección no hubiese centenares de papeletas, una para cada objeto, en las que se puede ver el estudio y el buen deseo, ya que sobre ellos prevalezcan la falta de saber y escaso entendimiento de su autor.

## PUTEAL Y VASOS ITALO-GRIEGOS

QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL.

*Puteal*.—En la sala segunda de la sección primera, se vé un precioso puteal de mármol blanco, cuyo nombre viene de que, en efecto, así llamaban al brocal del pozo los romanos. Para éstos, lugar donde cayese el fuego del cielo, era sagrado, y como tal le veneraban. Por eso le defendían poniendo un brocal como de pozo. En Roma, el lugar más famoso de estos consagrados era el *Puteal Libonis*, como dice la inscripción, que estaba en el Foro, y allí se reunían los usureros á tratar de sus negocios.

Sitio donde cayese un rayo, le purificaban los haruspices en seguida, y era sagrado. Desde luego ponían estacas ó piedras que le resguardasen, despues de haber sacrificado una oveja de dos años (*bidens*), de donde vino tambien el nombre de *Bidental*, que daban á estos pequeños monumentos.

El hallado en Pompeya viene á ser circular; rodeanle columnas, y en medio se ve el *Bidental*; de suerte, que la imaginación puede, con muy pequeño esfuerzo, considerar el todo del edificio, dando más altura á las columnas y figurándose el techo que sostenían.

El religioso temor con que los romanos miraban aquellos lugares era tan grande, que no podia darse mayor crimen que profanarles, y, sobre todo, destruirles, arrancando las piedras, de tal ó cual modo que se hallasen. Por eso, aun hablando en broma, le cita Horacio como uno de los mayores sacrilegios:

..... an triste bidental  
Moverit incestus.

(Ad Pisones, v. 471—72).

El puteal que va grabado en LA ILUSTRACION es, como ya hemos dicho, de mármol blanco y de elegante forma. Estaba en la Moncloa, de donde se trajo. Aunque se halla mutilado, lo peor es que rasparon la parte superior, de suerte que no ha podido ménos de perder el efecto de su excelente escultura, de los mejores tiempos del arte griego. El principal personaje que se puede ver en el grabado, es Júpiter. Ocupa un asiento ó silla con brazos y tiene el rayo en la diestra. Delante de él, Minerva, y en lo alto, una Victoria alada. Detrás una figura varonil con gran hacha *bipennis* al hombro.

El conjunto de la escultura que vamos describiendo es de efecto sobremanera agradable, y en los adornos, especialmente la parte inferior, no raspada, bien merece estudio y admiración.

*Vasos italo-griegos*.—Despues de llamar *etruscos* á todos los vasos pintados de cierta época, casi hemos venido á parar en lo opuesto. Ciertamente que Nola, en Campania, está buen trecho de Etruria; pero en esta se hallaba Volci (Vulci) 18 millas NO. de Tarquinii.

M. Dennis, en su obra *Ciudades y cementerios de Etruria*, ha dado, siguiendo á M. Gerhardt, cuyo sistema adoptan todos generalmente, la clasificación de los vasos, de esta manera:

Clase 1.<sup>a</sup> Vasos para aceite, vino, agua, etc.: *amphora*, *pelice*, *stamnos*.

2.<sup>a</sup> Para llevar el agua: *hydria*, *calpis*.

3.<sup>a</sup> Para mezclar vino y agua: *crater*; *celebe*, *oxybaphon*.

4.<sup>a</sup> Para verter vino, etc.: *cantharos*, *enochea*, *olpe*, *prochus*.

5.<sup>a</sup> Vasos para beber, y cubiletes ó vasitos: *cyathus*, *carcheston*, *holcion*, *scyphus*, *cylix*, *lepaste*, *phiale*, *ceras*, *rhyton*.

6.<sup>a</sup> Vasos de unguentos y perfumes: *lecythus*, *alabastron*, *askos*, *bombylios*, *aryballos*, *cotyliscos*.

La pintura en cerámica habia concluido mucho tiempo ántes de Plinio, en lo que se refiere á nuestros vasos; pues ya aquel escritor nos dice que los vasos pintados eran más preciosos que los murrinos. En tiempo de los emperadores llamaban á aquellos *operis antiqui*, y les buscaban, como nosotros ahora, por los sepulcros de Campania y la Gran Grecia. Suetonio (Julio Cesar, 81), habla del descubrimiento de algunos en tiempo de César, al demoler unos sepulcros en Cápua.

En cuanto á los vasos que algunos suelen considerar

hallados en Pompeya ó Herculano, diremos que *hasta ahora no ha parecido uno solo ni en las ruinas de aquellas ciudades ni en Stabia*; cosa que se debe tener muy presente, y confirma la creencia que hacia ya mucho tiempo no se fabricaban.

Si los objetos de la seccion cuarta recuerdan á quien esto escribe los primeros años desde la fundacion del Museo, los de la seccion segunda, y, en especial, aquellos de que va dando cuenta al presente, son para él, digámoslo, amigos cuya vista le acompaña diariamente y anima en sus tareas. Los tres vasos que el lector puede ver debajo del puteal, son, como los nombres que llevan al pié indican: *oxybaphon* (el *acetabulum* de los romanos), pequeña *amphora*, de graciosa hechura, é *hydria*, de forma tambien graciosa y elegante. En el primero se ven pintadas escenas dionisiacas; todos tienen anverso y reverso; el fondo es negro, y el artista fué dejando con el color del barro cocido meramente el espacio que habian de ocupar las figuras, como sucede en todos los vasos de ciertas épocas. Estos que vamos mencionando se hallan en España desde el siglo pasado, lo cual, ademas de otras razones que se podrian alegar, prueba tambien que son auténticos, pues los vasos llamados hasta hace poco etruscos, no se empezaron á falsificar en grande escala sino á fines de la pasada centuria y en la presente.

FERNANDO FULGOSIO.

## DOS POETAS PORTUGUESES.

Al ocuparnos hace algunos meses en las columnas de LA ILUSTRACION DE MADRID del escritor portugués J. Simoes Dias, citamos los párrafos que el Sr. Romero Ortiz consagra en su libro *La literatura portuguesa del siglo XIX*, á conmemorar los nombres y merecimientos de los poetas líricos contemporáneos de la nacion vecina. Pasa de cuarenta el número de poetas citados en este libro, y sin embargo, como, segun parece, en Portugal sucede actualmente lo mismo que en España, á saber: que existe tal facilidad para *hacer* versos líricos, que todo hombre medianamente culto es, ó pretende ser, poeta, se comprende bien la imposibilidad absoluta de que en la enumeracion hecha por el Sr. Romero Ortiz no se notase la falta de algunos nombres dignos de memoria. Demas que ya es sabido que toda obra de erudicion bibliográfica, por necesidad absoluta, ha de ser siempre más ó menos incompleta. Los grandes trabajos de erudicion se forman, si la palabra es permitida, por superposicion; no son, no pueden ser, la exclusiva obra de una sola persona, por grande que sea su laboriosidad y diligencia.

En el libro *Lisboa en 1870*, del ilustrado y jóven escritor D. Gonzalo Calvo Asensio, se hace tambien una breve reseña del estado que al presente alcanza la poesia lírica portuguesa. Despues de recordar los grandes merecimientos literarios del vizconde de Almeida Garrett, y del distinguido poeta lírico, notable novelista é historiador insigne Alejandro Herculano, dice así el señor Calvo Asensio.

«Guiados por tan ilustres maestros, distinguese Antonio Feliciano de Castilho, ciego que pinta admirablemente la naturaleza, y á quien todos reconocen como inescudible en el arte de la metrificación y gran conocedor de la lengua, por más que sirva más para las obras de estudio filológico que para las de nervio y grandeza, aun cuando sus *Ciúmes do Bardo* son una prueba de verdadero génio: Tomás Riveiro, que en sus *Delfina* y *D. Jaime* muéstrase gran poeta genial y de inspiracion: Juan de Deus, el más natural y espontáneo de los escritores, y cuyas popularísimas composiciones tienen una delicadeza y un perfume de candor admirables: Palmeirim, gran amator de la poesia popular, é imitador de Beranger: Soares de Passos, el más inspirado, el más genial y de poderosísima imaginacion, comparable á Lamartine, y muy dado á la gracia especial de Heine: Bulhao Pato, el Trueba portugués: Mendes Leal, correcto y depurado estilista, nada fácil versificador, ni de muy poderoso ingenio, pero discreto y de talento claro y vasto: Vidal, poeta elegiaco romántico: Juan de Lemos y Gomes de Amorim, cuyas producciones llevan todas el sello del estudio y de la conciencia, desnudas siempre de toda pretension de popularidad efímera; nombres y poetas que indican bien á las claras el gran desenvolvimiento que en esta edad ha adquirido el arte entre nuestros vecinos, á cuyo culto conságranse muchos y esclarecidos talentos.»

La precedente enumeracion de poetas líricos portugueses, sólo añade dos nombres á los ya citados por el

Sr. Romero Ortiz, el de Vidal y el de Juan de Deus. Este último, ya en el año de 1869 habia dado á la estampa dos notables volúmenes de poesías. El primero, en el órden de la publicacion, intitulado *Flores del campo*, mereció juicios muy favorables de los críticos Luciano Cordeiro, Alejandro da Conceição y Cândido de Figueiredo. El segundo, que lleva por título *Ramo de flores*, se halla formado por un número muy corto de composiciones poéticas, pero que quizá aventajan en mérito á las anteriormente publicadas.

Dedicados nosotros desde hace algun tiempo á traducir al castellano algunas poesías líricas portuguesas escritas por autores contemporáneos, vamos á consagrar este artículo á dar noticia de dos poetas líricos de que no se hace mencion en ninguno de los dos libros que dejamos citados. Bien sabemos que comparados nuestros ligeros estudios sobre literatura portuguesa con la obra monumental del Sr. Romero Ortiz, donde se reúne á una erudicion enteramente alemana, una viveza de fantasía enteramente española; bien sabemos que estos estudios con tal obra comparados, guardan la relacion de un grano de arena con una alta y soberbia montaña. Pero al fin y á la postre, de pequeños granos de arena se pueden formar inaccesibles montañas. Nosotros procuramos extender en España el conocimiento de la literatura portuguesa segun la medida de nuestras fuerzas; hagan lo mismo cuantos se interesen por la idea del iberismo, y bien pronto serán populares en nuestra patria los nombres y las obras de los escritores lusitanos. Dichas estas palabras á guisa de introduccion, comencemos nuestras reseñas crítico-bibliográficas.

*Francisco Marques de Souza Viterbo*. El jóven redactor del *Jornal do Porto* Sr. Souza Viterbo, ha publicado en el año de 1870 un pequeño poema titulado *O Anjo do pudor*, y una coleccion de poesías que lleva por título *Rosas e Nuvens*.

*O Anjo do pudor* es un poema alegórico donde se reflejan esas pavorosas dudas y esas risueñas esperanzas que se hallan en el fondo de todo pensamiento contemporáneo. Porque la verdad es, digan lo que quieran ciertos optimismos utopistas, que si el arte en nuestra edad no presenta la sombría desesperacion de Byron, Leopardi y Espronceda, ni siquiera la ironía mordaz de Balzac y de Larra, es porque ya se ha llegado á *dudar de la duda*, que es la quinta esencia del más refinado excepticismo.

Así vemos en el poema del Sr. Souza Viterbo, que al lado de vigorosas frases, señalando la impudicia de las costumbres contemporáneas y aun pudiera decirse que hasta los defectos de la creacion divina, se hallan protestas de fé en la grandeza y la sabiduría de Dios, tan ardientes y apasionadas, al menos en la forma, cual las que inspirar puede el más puro misticismo. Tal es nuestro siglo que duda y vacila, sin atreverse á llegar á la satánica grandeza de la negacion y sin poder adquirir la fé tranquila de la afirmacion divina.

En su coleccion de poesías líricas *Rosas e Nuvens*, presenta el Sr. Souza Viterbo algunas composiciones verdaderamente inspiradas y llenas de fuego poético.

Sobre todo las poesías amatorias se distinguen por el verdadero sentimiento que en todos sus versos se refleja. Bien es cierto que cuando los poetas de la época actual cantan amores, suelen dedicar sus versos á personas que realmente existen, y no á aquellas Filis y Amarilis, muchas veces imaginarias, que figuran en las composiciones de los poetas bucólicos del pasado siglo. Pero existe un límite en el cual el amor á la mujer se transforma en el amor arquetipo á la belleza ideal; es el simbolismo de Helena en la antigüedad clásica; es el subjetivismo eterno de la pasion, jamás satisfecha en la tierra; ese subjetivismo que hizo exclamar á nuestro Espronceda:

Es el amor que el mismo amor adora,  
El que creó las silfides y ondinas,  
La sacra ninfa que bordando mora  
Debajo de las aguas cristalinas;  
Es el amor que recordando llora  
Las arboledas del eden divinas,  
Amor de allí arrancado, allí nacido,  
Que en vano busca aquí su bien perdido.

Esta inspiracion entre amatoria y filosófica, dictó al Sr. Souza Viterbo la poesia titulada *Oblivio*, que puesta en castellano dice así:

Aléjate y olvida; deja que caiga al fondo  
La concha que un momento flotó sobre la mar;  
Vuelve al etéreo espacio, ángel de luz divina,  
Refleja en otros mundos tu célico mirar.

Luchar es mi destino; en noche tempestuosa  
Alumbrará mi frente el rayo abrasador;  
Nacido en tristes horas de amarga desventura,  
Soy réprobo lanzado del cielo del amor.

No alumbre tu mirada las sombras de mi mente,  
Aléjate y olvida; ¡oh redentora luz!  
No pretendas salvarme, mi vida es un abismo,  
Déjame llevar solo el peso de mi cruz.

Vela tu clara lumbre, encantador ensueño,  
Vela tu clara lumbre, que el mundo ha de trocar  
Tus transparentes alas en pabellon mortuorio,  
Y tu nevado seno en funerario altar.

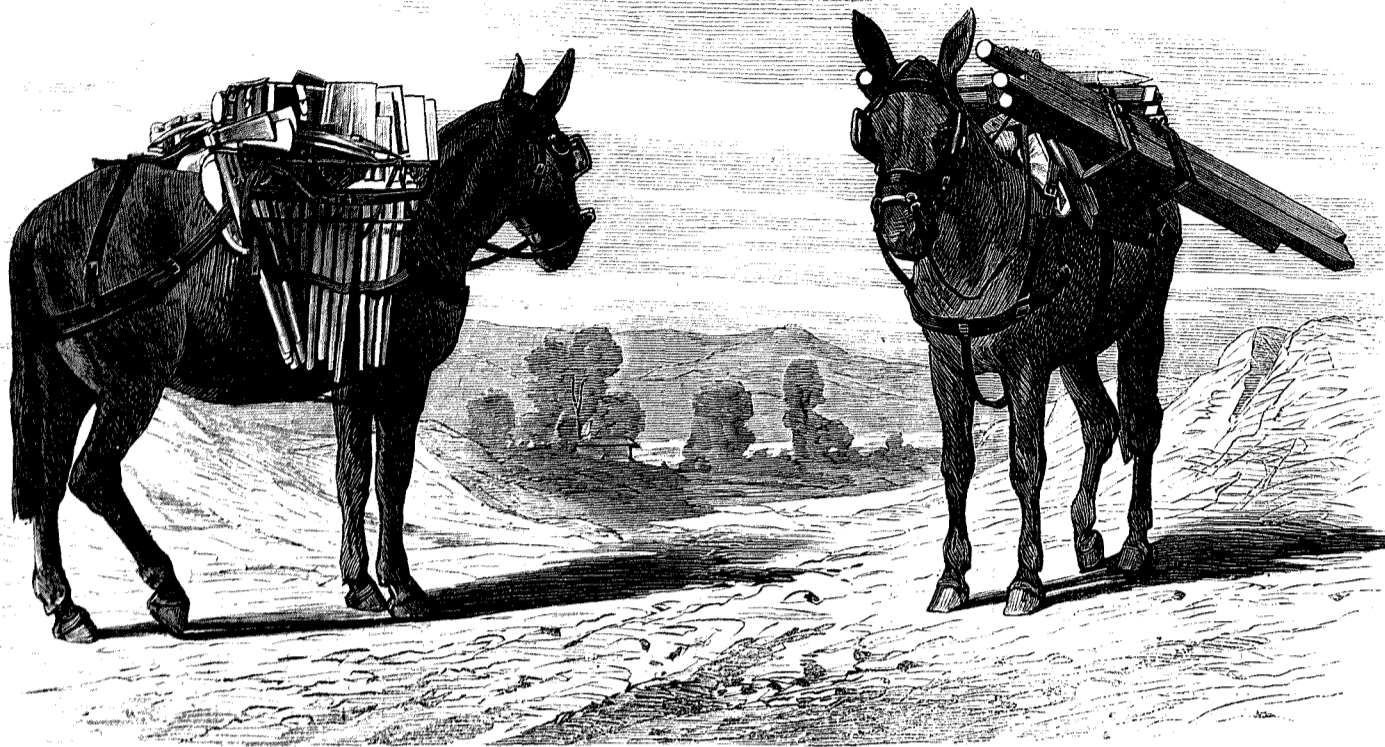
Más detenido exámen mereceria la coleccion de poesías *Rosas e Nuvens*, pero lo dicho basta para indicar que el Sr. Souza Viterbo es un poeta lírico que sabe sentir y sabe pensar. Hoy, que se halla en la primavera de la vida, canta el amor; mañana, cuando la nieve de los años haya apagado algun tanto el fuego de sus juveniles pasiones, es de esperar que sabrá cantar con la misma vigorosa entonacion el eterno, el imperecedero amor que inspira el ideal de la perfeccion absoluta, estrellita refulgente que guía á la humanidad por el sendero de la vida.

*Costa Goodolphim*. La noche del 16 de mayo de 1871 es una fecha que debe ser recordada por todos los que desean la fraternidad, ya que no la union, de la patria de Camoens y de la patria de Cervantes. Reunidos en un amistoso banquete varios escritores y diputados portugueses que habian venido á pasar en Madrid la festividad de San Isidro con gran número de periodistas, literatos, artistas y hombres políticos españoles, se dió una prueba palpable de que los odios que ántes inspiraba la exagerada preocupacion del patriotismo van desapareciendo de dia en dia, para dejar plaza á la más alta concepcion de la solidariedad de los pueblos, y del comun destino humano de todas las razas que sobre la tierra han aparecido. Allí se oyeron confundidas en una misma aspiracion las elocuentes frases del diputado portugués Alves Matheus y del eminente orador español Emilio Castelar; allí pronunciaron entusiastas brindis Moreno Nieto y José Tiberio, Albareda y Teófilo Ferreira, Calvo Asensio y Oliveira Pires; allí el director de *La Época* Sr. Escobar, que presidía el banquete, fijó con correcta y elegante frase el sentido que debia darse á aquella reunion fraternal de los dos pueblos peninsulares; allí el alcalde popular de Madrid, Sr. Galdo, recordó la cariñosísima acogida que siempre habian encontrado los emigrados españoles en la nacion portuguesa, y excitó al Sr. D. Benigno Joaquin Martinez, dedicado desde hace muchos años al estudio de la literatura portuguesa contemporánea, para que dijese algunas palabras en tan solemne ocasion; allí el Sr. Martinez, correspondiendo á esta invitacion, brindó por la grata memoria de Fonseca Magalhaes y José Estevao, como los decanos de la imprenta portuguesa; allí, por último, se oyeron los inspirados versos de García Santisteban, Evaristo Silió y Víctor Caballero. Y no por olvido, sino intencionalmente, hemos dejado de citar entre los poetas al popular Manuel del Palacio, pues nos propusimos transcribir á continuacion el soneto que allí leyó, donde respetando hasta la más esquisita susceptibilidad anti-ibérica, dijo así:

Juntos ayer, el índico Oceano  
Acometiendo hazañas de titanes  
Vió á Pizarro, Cabral y Magallanes,  
Meneses y Quirós, Gama y El-Cano.  
Juntos dieron su sangre al africano  
Cien de nuestros valientes capitanes,  
Y juntos lamentaron sus afanes  
Dos génios, gloria del linaje humano.  
Si ambiciosa y feroz la tiranía  
Robaros pudo vuestra dulce calma  
En triste edad para la patria mia,  
Ya agostado el laurel, seca la palma,  
Por otra union brindemos este dia:  
La que enlaza no el cuerpo, sino el alma.

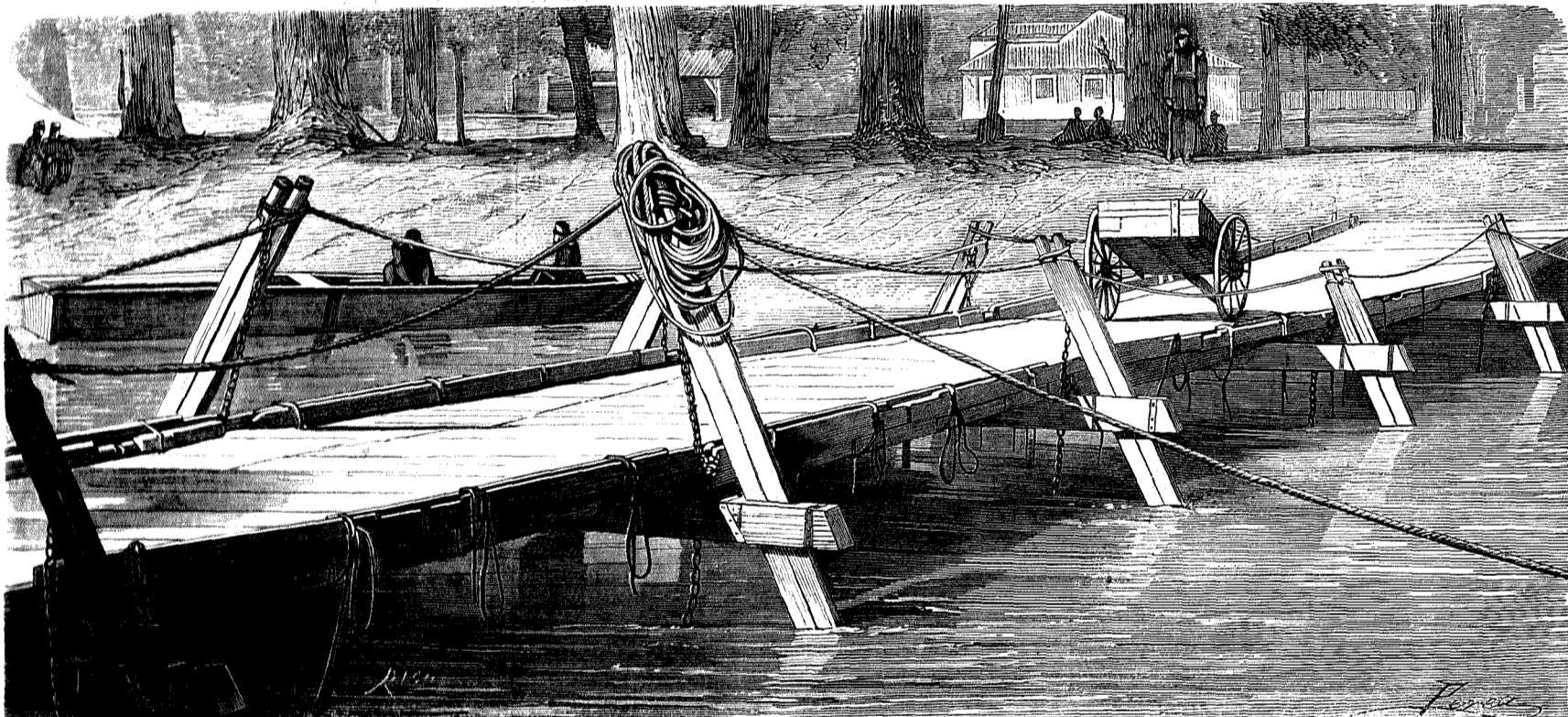
Dejándonos llevar por los gratos recuerdos de la noche del 16 de mayo de 1871, hemos tardado en decir, quizá más de lo que debiamos, que entre los escritores portugueses que á aquel banquete concurren, se hallaba el Sr. Goodolphim, autor de varias obras en prosa y verso, y que despues ha consagrado un volumen lujosamente impreso á relatar las impresiones que le produjo su corta residencia en España. Titúlase este libro *Visita a Madrid*, y para que pueda juzgarse del espíritu con que se halla escrito, traduciremos á continuacion los primeros párrafos del capítulo primero, que dicen así:

«Ciertamente que la historia de esta península, Portugal y España, no registra en sus páginas ningun hecho semejante al que presenciarnos desde el 13 al 20 de mayo de 1871: un abrazo fraternal entre sus dos pueblos. Fué la vara mágica del progreso, la que aumentando la rapidez en los medios de viajar, supo hacer este milagro. Este es el primer paso que en el camino de la ilustracion han dado reunidos dos pueblos hermanos; y tal ejemplo será seguido por las generacio-



PARQUE DE CAMPAÑA.

TREN DE PUENTE.



PUENTE MILITAR.

nes venideras, que llegan ya purificadas de ruines y viejas preocupaciones. España era para nosotros un país romoto; España era un recuerdo pavoroso; hoy es un pueblo vecino al cual estrechamos la mano fraternalmente..

«Las tétricas figuras de los Felipes se envuelven en la sombra de los tiempos y descienden al sepulcro del eterno olvido. Las nuevas generaciones templan su espíritu en otras creencias y otros ideales, y no deben de ir á buscar en lo pasado esos sudarios que envolvian á las naciones al ir á precipitarse en profundos abismos. Portugal, aunque pequeño, ha ocupado un lugar importante entre las naciones de Europa. Portugal, que supo conquistar y afirmar su independencia con un valor sublime, que si llegó á los últimos grados de la decadencia en 1580, despues se levantó de nuevo fuerte, imponente, magestoso, debía recordar que la causa de tan amargas pruebas fueron ese rey fanático llamado don Juan III, ese viejo imbécil que fué ministro de Dios é inquisidor, esa turba, en fin, de áulicos prostituidos, que son siempre los verdugos de los pueblos. Y levantan-

tando más el pensamiento, analizando la fundacion de la monarquía portuguesa, habria que recordar que esta península, que toda reunida podía ser grande y poderosa, se halla dividida en dos pueblos por la ambicion de un hombre. Si no hubiese existido ese aventurero francés ú holandés, el conde D. Enrique, á quien se le antojó tornar los dos pueblos peninsulares en dos Caines, esta península toda unida seria hoy un imperio, una monarquía ó una república fuerte, gigante, que dictaria leyes á la Europa, en vez de estar en muchas ocasiones bajo la presion de un pueblo que, á semejanza de los usureros, rie y goza cuando los otros pueblos lloran y padecen..»

Para explicar el espíritu que ha inspirado las apreciaciones que acaban de leerse, bastará decir que el autor del libro *Visita a Madrid* es republicano, y segun parece en el partido republicano portugués es donde al presente se hallan más partidarios de la union con España, bajo la base de constituir una federacion, ó mejor, una confederacion ibérica.

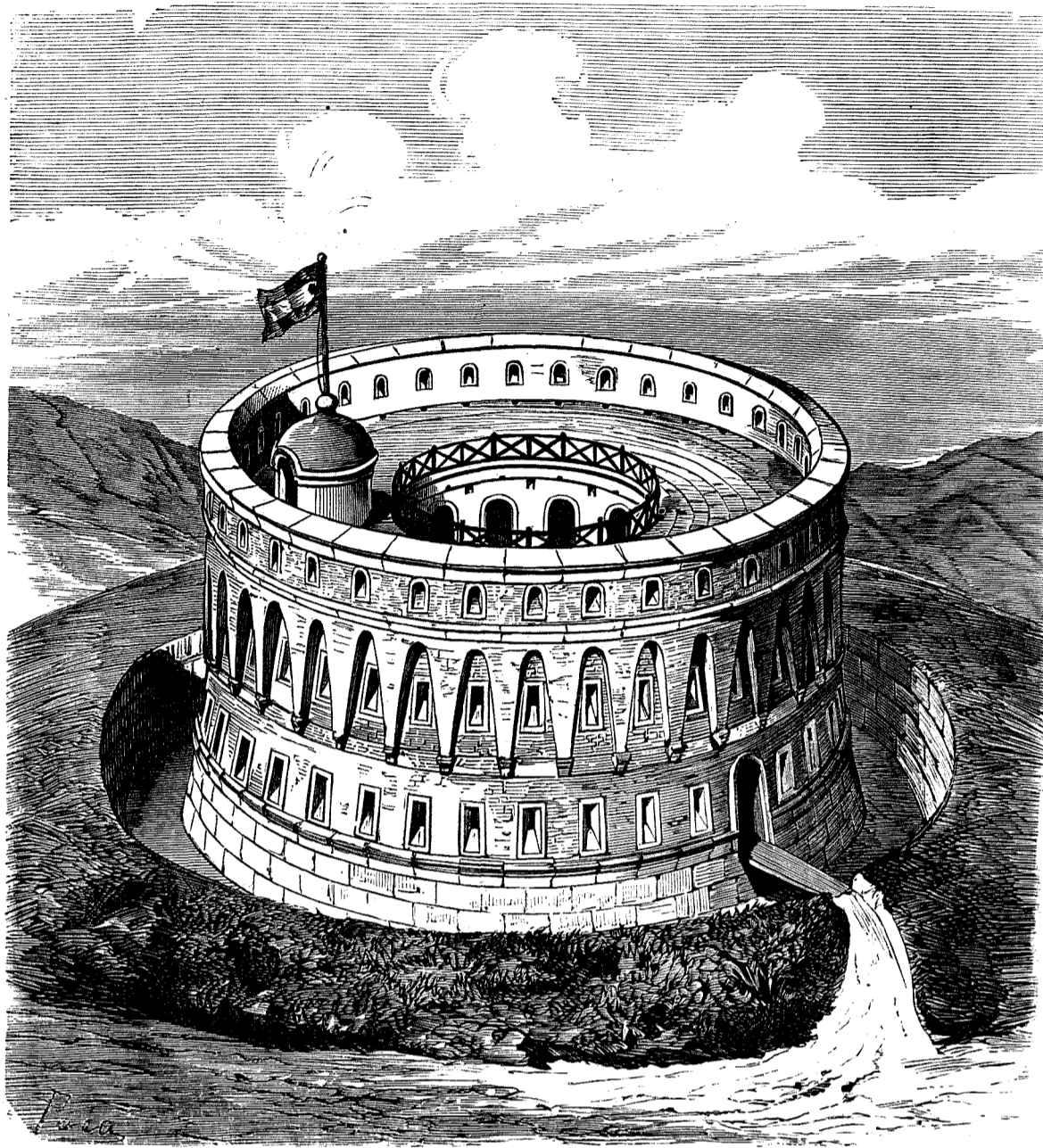
El Sr. Goodolphim, en la coleccion de poesías que ha

publicado bajo el modesto título de *Versos* (Lisboa, 1871), ha dedicado un entusiasta canto á la república que comienza en esta forma:

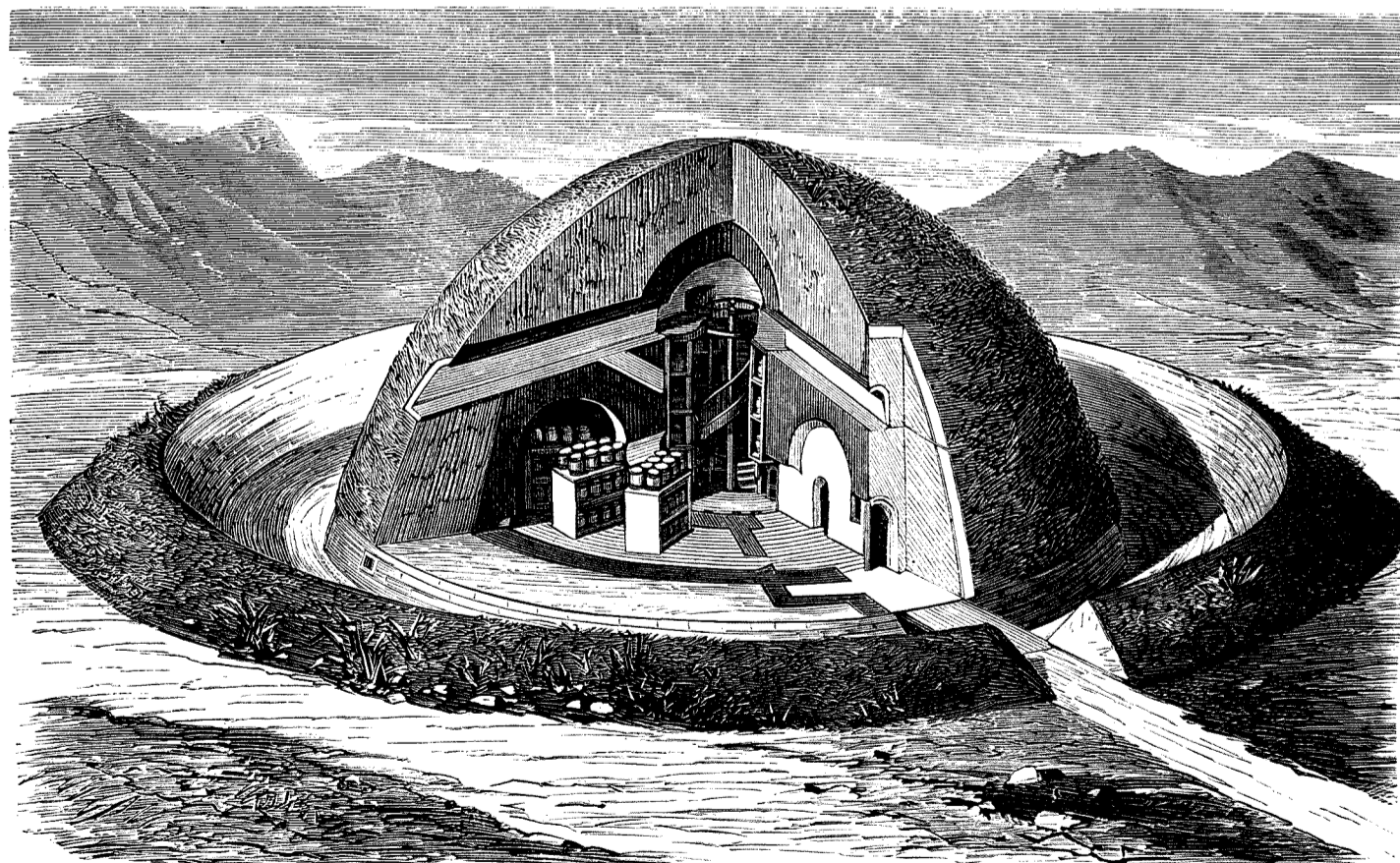
*¡Oh!; Salve! Luz suprema da republica,  
O granditoco bem da humanidade:  
Tu dimanás de mao de Eternidade  
Pra na terra reger a causa publica.  
Tu és o grande bem, o bem supremo  
Adocando da vidaas mil agruras.  
Canvico dos astictos, as futuras  
Edades, anhelando o bem extremo.*

El Sr. Goodolphim ha publicado, ademas del libro ya citado, otras varias obras poéticas intituladas: *Primeros versos, Leyendas árabes, Pasado y presente, Eva y Monumento á Camoens*; y prepara la publicacion de una obra en prosa cuyo título *Dios y el hombre, Cristo y la Iglesia, los Concilios y los Papas*, deja ya entrever el espíritu cristiano racionalista que en sus páginas ha de dominar.

Nosotros sólo conocemos del Sr. Goodolphim los dos libros *Versos* y *Visita a Madrid*, y así es que para juzgarle como poeta habremos de limitarnos á examinar



TORRE PARA FUSILERÍA, CONTRA LOS MOROS.



INTERIOR DE UN ALMACEN DE PÓLVORA.

las composiciones que se hallan en su colección poética ya citada, la cual se compone de unas cuarenta poesías, amoratorias unas, políticas otras y filosóficas algunas.

Entre las poesías políticas, es digna de mencionarse la dedicada á cantar la gloria de la revolución española de 1808, escrita con gran valentía de conceptos, en un metro semejante al que usó el insigne Manzoni en su célebre oda á la muerte de Napoleón. Esta poesía se halla dedicada á nuestro compatriota el Sr. D. Benigno Joaquín Martínez.

Las poesías amoratorias del Sr. Goodolphim se distinguen por un sentimiento en que se halla más bien la delicadeza de la ternura amorosa, que el fuego y los arrebatos de la pasión.

Como entre el amor y la amistad, tratándose de personas de distinto sexo, existe bastante semejanza, bien puede considerarse incluida entre las poesías eróticas del Sr. Goodolphim, la que se titula *Al retrato de una poetisa*, que traducida libremente al castellano dice así:

En esa blanca frente,  
¡Oh! dulce poetisa!  
Bien claro se divisa  
Tu noble, generosa inspiración.  
Y en ese mirar tuyo,  
Tan puro, al par que ardiente,  
Revélese á la mente  
La dicha celestial de la pasión.

¡Oh! cómo de mi alma  
La pena ahuyentaría  
La célica armonía  
Que hace soñar en glorias del eden.  
Sí, que al oír los ecos  
De tu voz inspirada,  
Creiera transformada  
La tierra en la mansión de eterno bien.

¡Y siempre melancólico  
Elevase tu canto!  
¡Tal vez amargo llanto  
Inunda tus mejillas sin cesar!  
Tu alma, ¡oh! poetisa!  
¡No ama, ni cree, ni espera?  
¡No vé la primavera  
La muerte en vida nueva transformar?

Esa flor ya marchita  
Que muestras en tu mano,  
¡Es símbolo, es arcano  
Que encierra tu doliente inspiración?  
¡Tal vez oculta pena  
Amarga ya tu vida,  
Tal vez horas perdida  
La primera, dulcísima ilusión!

¡Oh! levanta tu frente,  
Y cree y espera y ama.  
Mira cómo la llama  
Siempre hácia el cielo marca su ascensión.  
Seca, seca tu llanto,  
Eleva tu voz pura,  
Y hallarás la ventura  
Del arte en la sublime inspiración.

Entre las poesías de carácter filosófico [que se hallan en la colección que examinamos, merecen citarse las intituladas *¡Cínico!* y *El Monge*. Esta última se halla dedicada á la distinguida poetisa Excm. señora doña Mariana A. de Andrade, y en ella se encuentra un diálogo animadísimo entre un ascético anacoreta y un empedernido escéptico; es un diálogo entre la fé y la duda, en el cual acontece, como en el *Fausto* de Goethe, que el espíritu *mefistofélico* suele entonar con frecuencia el himno de la victoria.

En la poesía titulada *¡Cínico!* el Sr. Goodolphim menosprecia todos los juicios humanos, conservando íntegra su fé en los altos juicios de Dios. Así fueron, en efecto, los cínicos de la antigua Grecia, y así son y serán los idealistas de todos los tiempos y países.

Al comenzar esta breve noticia literaria del señor Goodolphim, hemos traducido los primeros párrafos del primer capítulo de su libro *Visita á Madrid*, donde se ven reflejados sus altos pensamientos acerca de los lazos de fraternal unión que deben unir á los dos pueblos peninsulares: para terminar traduciremos también los últimos párrafos del mismo capítulo, en donde aparece aún con mayor evidencia el patriótico ideal que vive en su poética fantasía.

«Si fuese posible, dice el Sr. Goodolphim, arrancar del pecho de los portugueses el sentimiento de amor á la independencia de este rincón del Occidente que se llama Portugal; si un poder mágico pudiese tornar á los portugueses en españoles, ó los españoles en portugueses; si toda la Península constituyese un solo Estado, digámoslo con franqueza, se formaría de estas dos naciones una nación poderosa que abatiría el orgullo de

esos pueblos que intentan dar leyes al mundo con la dialéctica de la ametralladora ó con la punta de la espada, manchando de sangre las páginas de la historia de este siglo que se llama de progreso.»

LUIS VIDART.

## A PETISCA.

En la página 96 de este número publicamos el bellissimo dibujo de nuestro amigo y corresponsal artístico en Lisboa, D. Rafael Bordallo Pinheiro, cuyo dibujo da razón de una de esas costumbres populares que el elegante lapiz del Sr. Bordallo sabe reproducir con una gracia inimitable.

El Sr. Bordallo Pinheiro, que cultiva con fruto el género en que tanto se han distinguido Cruishenek, Gavarni y Cham, es, á nuestro juicio, el primero entre los caricaturistas portugueses; más de una vez ha honrado con sus obras las planas de LA ILUSTRACION DE MADRID, y no será esta la última muestra que ofrezcamos á nuestros lectores del talento de tan apreciable artista.

Acompaña al dibujo un artículo del escritor portugués D. Juan Morato Romo, que al favorecernos con su colaboración obliga también nuestra gratitud y cuyo trabajo insertamos á continuación de estas líneas.

X.

## LOS PILLUELOS DE LISBOA.

A PETISCA.

No sé si en otros países existe la *petisca*; ¿por qué no ha de existir? En España, en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Portugal se juega al tresillo, al whist, al boston, l'ecarté y no sé cuántas combinaciones más; ¿será la *petisca* oriunda de Portugal y estará tan encariñada con la tierra patria que ni una vez al menos se haya atrevido á traspasar las fronteras? Temo que me ha de faltar paciencia para acometer las investigaciones necesarias para contestar á estas preguntas.

Es la *petisca* un juego de las calles, pasatiempo de los vagabundos adolescentes y delicia de los estudiantes en las horas de huelga y de recreo.

Las madres se estremecen de espanto al oír pronunciar ese nombre horrendo de *petisca*.

Parece un pasatiempo inocente, inofensivo, y representa para ellas muchas y amargas horas de sufrimiento y de trabajo y no poco dinero disipado.

Los muchachos salieron de la casa materna limpios, arreglados, con los *sietes* bien zurcidos, y vuelven como unos salteadores de caminos, rotos, sucios, con la cara magullada, hecha una lástima y sin un botón en el vestido.

Jugaron los desgraciados, y la adversidad y el azar los maltrataron y nada les dejaron. Perdieron una vez, y otra, volvieron á perder, lo perdieron todo, perdieron hasta el último botón.

Aparecen en el umbral de la puerta, lacrimosos, sosteniendo con trémula mano los calzones, y dirigiendo alternativamente tímidas miradas ya á la madre, ya á los objetos suspendidos en las paredes.

¿Quiéren mis vecinos saber lo que es la *petisca*? Es un juego modesto, popular, sin pretensiones ni exigencias de ninguna especie: bástale una pequeña escavación practicada con el dedo en cualquiera rincón de la calle. No tiene con el terrible *tapete verde* de los jugadores otra relación ó parecido que el del color de aquel con el de las yerbecillas que rodean el hoyo donde deben ir á parar las *chinas* ó tantos.

Antes de dar principio á la partida, grita uno de los que dominan el cotarro:

*¡Piedrecilla, piedrecilla, quién quiere ser mi madrina?*

Y presenta á los demás muchachos ámbas manos bien cerradas; en una de ellas tiene una piedra pequeña, un botón, un objeto cualquiera, y el que acierta en cuál de ellas está, es *mano* ó el primero en el juego.

El número de los jugadores no tiene límite; pueden tomar parte en la *petisca* dos ó una docena, 25 ó 100.

Colócanse á cierta distancia del hoyo y tiran sus *chinas* ó *marcas*, tal vez acabadas de arrancar á las camisas, á los calzones, á las chaquetas, cuando no son lauros y botín ganados en anteriores y reñidas batallas.

El que tiene la suerte ó la maña al lanzar el botoncillo de introducirlo en el hoyo, ó de aproximarle mucho á éste, grita lleno de júbilo: «Yo soy el rey, yo soy el

rey,» y arrodillase, se inclina, se acerca procurando tomar la posición más conveniente para meter, con pequeños impulsos dados con la uña pulgar, todos los tantos en el hoyo.

A esto se llama, en la tecnología del juego, *dar os piques*.

Si consigue este fin ha ganado, recauda todos los tantos y es llevado á cuestras por los jugadores chambones; cuando no alcanza el apetecido resultado viene otro á sustituirle.

Mas ¡ay de ellos si osaren infringir cualquiera ley del juego, si pretendieren hacer trampas! Entónces se les expulsa cubriéndoles de improprios, maltratándoles, y los jugadores de buena fé entregan á los vientos de la publicidad y difunden presurosos su deshonra, contando el caso á todas las tribus truhanescas.

Confieso mi pecado; me gustan los granujas, tengo verdadera pasión por esos chicuelos alegres, descuidados, que viven no se sabe cómo, que rien de todo, que nos persiguen con sus burlas, casi siempre graciosas, que dan ingeniosos nombres á las diferentes prendas de nuestro vestido.

El granuja es bueno, franco, de corazón abierto y no anda muy lejos del *gaucho*, su ideal sublime.

Sabe conocer las llagas sociales; pone su dedo poco limpio en todas las heridas; rie de todas las vanidades; gústale arrancar la máscara á los Tartufos; silba la canción del general Boum en las grandes paradas militares.

Pasa la vida con la cara alegre como el sol de mayo, haciendo muecas á los hombres graves y divirtiendo el hambre con los pasos del can-can.

El granuja es el jilguero de las ciudades y la caricatura animada del siglo en que vive.

JUAN MORATO ROMO.

Lisboa, 19 de marzo 1872.

## TAJOS DE GAITÁN.

Creemos que nuestros lectores han de agradecer nos que les demos á conocer la vista de esas imponentes montañas en cuyas entrañas penetra la locomotora y en las que se ha construido un túnel de laboriosísima y arriesgada ejecución, venciendo dificultades que parecían insuperables y con la fortuna, más rara aún en obras de esta clase, de que no haya ocurrido una sola desgracia personal.

*Los Tajos de Gaitán* constituyen la parte más pintoresca del camino de hierro de Córdoba á Málaga, y la inteligencia con que han sido horadados merecerá siempre la aprobación y el respeto de cuantos se dedican al estudio de estos utilísimos problemas de construcción.

## DON NARCISO SEVILLA.

El día 30 del último diciembre exhalaba en Madrid el último aliento el distinguido artista D. Narciso Sevilla. Jóven todavía Sevilla, que habia pasado los breves años de su vida dedicado al arte con todo el entusiasmo de su alma, ha desaparecido de entre nosotros, sus amantísimos amigos, que admirábamos su talento, sus virtudes y su nobilísimo carácter: se ha separado por primera vez de su adorada é inconsolable madre para esperarla en el cielo. ¡Ha muerto cuando todo le sonreía, cuando comenzaba á recoger el fruto de tanta laboriosidad y de su extraordinario mérito!

Quisiéramos escribir hoy una necrología: LA ILUSTRACION DE MADRID nos honra concediéndonos un lugar en sus planas para que desempeñemos esta tarea, y sin embargo no nos atrevemos á emprenderla; que para esto sería necesario pensar más y sentir menos que lo que en los momentos presentes les es permitido á nuestra anublada inteligencia y á nuestro angustiado corazón.

Nos limitamos, pues, á citar las principales obras del malogrado escultor, que ha bajado al sepulcro cuando apenas habia cumplido 30 años.

En 1862 presentó en la Exposición de Bellas Artes que se celebró entónces, la estatua semicolosal de Martínez de la Rosa, la cual obtuvo premio y fué adquirida por la Academia Española.

En 1863 hizo el busto de tamaño natural del mismo personaje, en competencia con el que se halla colocado en el salón de conferencias del Congreso de los Diputados, cuyo busto es obra del Sr. Ponzano.

En 1864 llevó á la Exposición pública la estatua de

Hernan-Córtés, que también fué premiada, y se halla colocada en la escalera principal del Ministerio de Fomento.

Dos años después ganó en otra Exposición un nuevo premio con un bajo relieve que representa *La entrega de las llaves de Coimbra en la catedral de Toledo*, cuya obra regaló el Gobierno á la Academia de Bellas Artes de Sevilla.

En aquella época trabajó en Roma su magnífica estatua del *Maestro Fray Luis de Leon*, que fué fundida en bronce por Mr. Maurel, de Marsella, y colocada sobre un hermoso pedestal en el célebre *Patio de Escuelas* de la ciudad de Salamanca.

Entre otras obras ménos notables que sería prolijo enumerar de este insigne artista, debemos citar la estatua en mármol del príncipe de Asturias ejecutada en 1865; el sepulcro que guarda las cenizas del cantor de la *Vida del Campo*, en la capilla de la Universidad de Salamanca, y los bustos de muchas notabilidades contemporáneas de la ciencia y de la política.

La muerte le sorprendió cuando concluía el del maestro Eslava, encargado por los discípulos de ese eminente compositor; una estatua de la Virgen del Carmen para la iglesia del Barrio de Salamanca, y otra figura, copia del desnudo, representando un *jugador de chito*.

Sevilla unía á un talento profundo gran sentimiento artístico; era espontáneo en la composición, pero tal vez carecía del reposo necesario para concluir.

Las bellas artes han experimentado con la muerte de Sevilla una pérdida difícil de reparar; sus amigos no podremos olvidarle nunca; el que escribe estos renglones conservará un recuerdo eterno de su gratísima amistad.

J. H. Y.

## ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS.

(MADRID.)

Una de las pocas mejoras que debe Madrid á las últimas administraciones que se han ido sucediendo unas á otras en España, con vertiginosa rapidez, es la creación, por decreto de 5 de mayo de 1871, de este centro de instrucción, agregado al Conservatorio de artes, en el que los obreros adquieren los conocimientos que tienen aplicación á las diversas industrias, y conquistan la inteligencia y aptitud de que ántes les era forzoso carecer: con la instalación de esta escuela, á la que dedicamos una lámina en la página 88 del presente número, se ha conseguido un notabilísimo adelanto, cuyas felices consecuencias se empiezan á notar ya en nuestros talleres, apesar del poco tiempo que ha trascurrido desde que se abrieron las clases, á las que concurren más de 200 alumnos.

Se halla establecida en la calle del Turco, en el edificio que ocupó el colegio de Sordo-Mudos, hasta que fué trasladado á la casa de la calle de San Mateo, en que está actualmente, y en él se enseñan las asignaturas siguientes, por los entendidos profesores que citaremos á continuación:

- 1.<sup>ª</sup> Geometría, profesor D. Carlos Febes.
- 2.<sup>ª</sup> Dibujo geométrico, id. D. Teodoro Molina y don Antonio Marquez.
- 3.<sup>ª</sup> Perspectiva, id. D. José Avrial.
- 4.<sup>ª</sup> Adorno y elementos de figura copiados de estampas y del yeso, id. D. José Vallejo.
- 5.<sup>ª</sup> Empleo de color á las artes industriales, id. don José Marcelo Contreras.
- 6.<sup>ª</sup> Modelado y vaciado, id. D. José Bellver y don Francisco Torres.
- 7.<sup>ª</sup> Vaciado, id. á cargo de un auxiliar.

Nuestro grabado representa la clase de dibujo geométrico.

Teníamos preparados los materiales necesarios para escribir una reseña minuciosa y detenida de este importantísimo establecimiento de enseñanza; pero la falta de espacio nos obliga á encerrarnos en los estrechos límites que contienen estas noticias. No concluiremos, sin embargo, sin hacer una observación: nosotros aplaudimos y aplaudiremos siempre el pensamiento que dió vida á la Escuela de Artes y Oficios; no hemos de escasear las alabanzas que de justicia y más que á nadie se deben á su inteligente y celoso director D. Luis María Utor, que comparte con los dignísimos profesores la noble misión que estos se han impuesto de difundir la instrucción entre nuestros honrados obreros, y al cual como á éstos se debe la organización perfecta y ordenada marcha del establecimiento; pero urge trasladarle á otro local más espacioso, pues si nuestras noticias son, como creemos, buenas, no pueden matricularse

muchos de los que desean asistir á las clases, porque la capacidad de estas no admite mayor número de alumnos que los que ahora concurren á las mismas, y urge sobre todo que se establezcan en diferentes puntos de la capital enseñanzas de dibujo, para que la clase artesana dedique algunas de las horas de la noche á mejorar y perfeccionar su educación industrial, con lo que se dará cumplimiento al citado decreto de 5 de mayo de 1871.

Esperamos que el año próximo se completarán todas las enseñanzas que deben darse en estas utilísimas escuelas, y que se montarán los talleres en la misma forma que los hemos visto instalados en otros pueblos que han acudido antes que nosotros á satisfacer esta necesidad de la industria, único medio de que nuestros obreros adquieran los conocimientos y la práctica de que hasta el presente han estado condenados á carecer.

X.

## EL MUSEO DE INGENIEROS.

(MADRID.)

No habíamos visitado este Museo desde la traslación al palacio de San Juan en los jardines del Buen-Retiro.

Hermoso es el conjunto que presenta: admira el gran número de preciosos modelos en relieve, que artísticamente colocados desenvuelven como en panorama toda la ciencia del ingeniero.

Todos los materiales de construcción, piedras y maderas de nuestras provincias peninsulares y de Ultramar se ven ordenadamente clasificados. Sorprende la numerosa colección de armaduras para cubiertas de edificios. No es posible dejar de fijarse en los modelos de fuentes, que abrazan desde la cimentación de las pilas hasta terminar los arcos ó el asiento de cerchas de hierro. Todas las obras de arte del canal Imperial de Aragón están modeladas, incluso la gran casa de compuertas y los detalles de construcción de la magnífica presa del Ebro.

Ofrécese á la vista los puentes militares, desde el simple árbol derribado sobre la corriente de un arroyo, hasta los trenes para pasar los grandes ríos cargados en carruajes coronados con las lanchas y pontones de hierro. Llama particularmente la atención el puente de vanguardia, llevado á lomo por mulos, como la artillería de montaña, y sus ligeros botes de goma de armadura articulada; tren que en la campaña de África fué cargado sobre camellos.

Véanse en relieve todos los sistemas de fortificación españoles y extranjeros, desde los más antiguos hasta el propuesto el año 1868 por el coronel D. Angel Rodríguez Arroquia, jefe actual del Museo, que obtuvo una medalla de oro. Descuellan sobre todo el grandioso gabinete de Montalembert, iniciador de la fortificación llamada alemana, adquirido íntegro para este Museo en tiempo del conde de Aranda, y el que la Francia dejó vender sin la conciencia de su porvenir y de su mérito.

No es posible entrar en descripciones, sería inútil; es preciso verlo todo: allí aparecen entre otros magníficos modelos los de Cádiz, Tarifa, Cartagena, La Molá de Mahon, Figueras, Santoña, con sus obras de defensa; los de los sitios inmortales de Zaragoza y de Gerona; el de la batalla y rendición de Bailén, y el relieve de nuestra última y gloriosa campaña de África; y en medio de este formidable aparato militar, sorprende el grandioso panorama del ferrocarril de Bilbao, dominando con sus estudiadas y atrevidas revueltas las fragosidades de la Peña de Orduña.

Termina tan vistoso é instructivo conjunto con los modelos de efectos de campamento, los de las obras de ataque ó de trinchera y mina, y una preciosa colección en miniatura de las herramientas y útiles empleados en estos trabajos, incluso el tren á lomo ó de compañías de los regimientos de ingenieros.

Para que nuestros lectores puedan formar desde luego idea de las preciosidades que encierra este Museo, les ofrecemos algunos dibujos referentes á los trenes ligeros de campaña, la vista de un puente militar, la perspectiva de las torres que se van á levantar en Melilla para asegurar el desvío del río Oro, ya casi terminado; y como contraste de estas obras contra los moros, el interior de un almacén, totalmente recubierto de tierras, según se hace preciso construirlos en la actualidad para resguardar las pólvoras contra el potente choque de los proyectiles de la artillería moderna.

BERNARDO RICO.

## NUEVOS HALLAZGOS ROMANOS.

Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID:

Muy distinguido amigo: Cada día ofrece la antigua *Palantia* nuevos motivos de estudio para los aficionados á las investigaciones históricas. No se hacen exploraciones oficiales porque la comisión de monumentos no tiene medios, pero se hacen escavaciones casuales, sin orden ni concierto, por los pobres que removiendo tierras buscan huesos para sacar, vendiéndolos, un mísero jornal.

En una zona determinada, que se extiende al E. de la ciudad, paralela á la vía férrea y entrambas estaciones del N. y del NO., se han practicado muy á menudo escavaciones de ese género y se han hecho hallazgos de los que LA ILUSTRACION ha dado cuenta ya. En las verificadas durante los últimos días de enero y en todo el mes de febrero, los resultados obtenidos son sumamente apreciables. Algunos entusiastas recolectores, entendidos unos, ignorantes otros, han aumentado sus colecciones con más de doscientos objetos, de los cuales una copia de los más curiosos remito á Vd. para su acreditada publicación: en ella pueden verse: un precioso estilete de asta de ciervo terminado por un busto; dos pendientes de oro; dos falos bien caracterizados; una pulsera de hierro; un broche y una fibula de bronce; unas tijeras, una punta de flecha, unas pinzas, tres agujas de fabricar redes, varios estiletes de hueso; agujas de hierro; una cucharilla, un broche y un dijeito en forma de corazón con esmaltes.

Aras pequeñas con labores rudas; vasos de barro saguntino con las marcas: GELII.—EX. OFI. CLO—P. COR; fragmentos de vidrio de muy diversas formas, se han hallado muchos.

La colección de monedas recogidas sube á unas 200, y entre ellas 20 ó 30 admirablemente conservadas.

En las halladas en enero y febrero, sólo hay ejemplares de los tres primeros siglos del imperio, y entre ellas un gran bronce de Nerva; algunos Claudios y Neronos y varias piezas coloniales de Cartagena y Zaragoza.

En las escavaciones que se hicieron algún tiempo ántes delante de las oficinas del ferrocarril del Noroeste, casi todas las monedas encontradas eran del cuarto siglo; un grupo de 500, la mayor parte de los hijos de Constantino; alguna de Juliano y hermosos ejemplares de la emperatriz Helena.

Hay además monedas de Magnencio, Decercio, Máximo, Victor, Graciano y otros emperadores. Sobre salen por su mérito un Vespasiano de plata, conmemorativo de la campaña judaica, en cuyo reverso se lee: *Judea Capta*; y otra de la hija de Tito, Julia, también de plata.

Los hallazgos se multiplican siempre que se trabaja; Palencia va dando ya miles de objetos y de monedas, y sin embargo, la ciudad ni la provincia no tienen un pobre museo que podía ser, sin ningún género de duda, uno de los primeros de España.

Tal vez muy en breve se hará un hallazgo notabilísimo que está ya indicado y del cual daré cuenta á Vd. mandándole dibujos y detalles.

De Vd. afectísimo S. S.,

RICARDO BECERRO.

Palencia 8 de marzo de 1872.

## NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

De alegría y tristeza sirvió esta carta para María, pues si bien la daba el chico esperanzas de verle, era lo cierto que iba á exponer su vida en una de esas luchas fratricidas que, lejos de resolver un problema social, tienen por único objeto satisfacer la ambición de algunos hombres, que no tienen bastante valer para ser conocidos á la luz bienhechora de la paz.

Las revoluciones para ser disculpables es preciso que la razón que las motive sea tan grande que aminore la horrible atrocidad de que se sirven para conseguir su objeto.

Más claro: es preciso que el fin sea tan justo que pueda disculpar el medio.

En aquel entonces, con efecto, se sublevaron algunos

pueblos de la Península, cosa bastante comun por desgracia en nuestra España.

El gobierno, como es natural, mandó tropas para reprimirlos, y ved, como ahora sucede con Manolo, ir un número de hombres á batirse, quizá á la misma provincia, al mismo pueblo donde nacieron, con sus amigos de muchacho, con sus hermanos, ó quién sabe si con sus padres!...

Mas dejándonos de consideraciones, volvamos á nuestra historia, y abandonando á María con la pena que le causó la noticia de que su novio iba á entrar en campaña, vamos á visitar á la pobre Carmen, que tan malparada quedó con las bruscas respuestas de su amante.

Otra logra tu favor  
Y yo me siento morir,  
¿Puede haber mayor dolor  
Que no me quieras oír?...

Exclamaba Carmencilla cada vez más triste.

Todo cuanto estaba á su alcance habia hecho por ablandar el corazon de José, pero inútilmente: duro como el mármol, la repetía siempre lo mismo:

—*¡Me das horror!*

Cármén, muerta de tristeza por el mal pago que el hombre á quien quería la daba, y viendo que ni con lágrimas ni súplicas adelantaba camino, decía desesperada:

—*¡Qué poco conocía el corazon de los hombres aquel que dijo:*

Mujer, hora y vencerás  
Si tu amante te desdeña,  
Que hay un adagio que dice:  
Lágrimas quebrantan peñas.

Y tambien solía añadir al contemplar que su llanto no encontraba consuelo:

¡Gotas parecen mis lágrimas,  
Gotitas de agua del mar,  
En lo amargas, en lo muchas,  
Y en que al cabo me ahogarán!...

Sobre todos los disgustos que pesaban sobre esta niña, vinieron á completar su situacion las continuas ausencias de uno, dos, y hasta tres dias que el bueno de su padre habia dado en hacer, sin que nadie averiguara la madriguera donde se metía durante aquellas desapariciones.

Cármén estaba asustada, tanto más cuanto que su padre siempre que aparecía despues de una de aquellas misteriosas escursiones, contra su costumbre, la daba á la muchacha unos cuantos duros, en vez de pedirla algunos cuartos, y como sabia las mañas que habia descubierto últimamente el Sr. Francisco, sospechaba que alguna fechoría era el origen de aquel dinero.

Despues de haberse acostado una noche Carmencilla, sintió llamar á la puerta de su casa, y como Francisco habia tres noches que estaba ausente de ella, bajó la muchacha corriendo á abrir la puerta presumiendo fuese su señor padre.

No se equivocó la chica: Francisco era el que llamaba, pero no sólo, venian con él seis hombres bastante mal fachados.

Si Cármén no hubiera visto entre ellos á su padre, de seguro hubiera pedido socorro creyéndoles una partida de malhechores.

Sin embargo, Cármén no los habia reparado bien, pues más de uno de ellos, á pesar de los trajes que vestían, se conocía fácilmente que debieran ser gentes de mejor pelo.

Entraron, como iba diciendo, los siete hombres, cerraron la puerta á piedra y lodo, y Francisco mandó á su hija que se acostara y que al siguiente dia cuidara de levantarse al rayar la aurora.

Los seis desconocidos se posesionaron del cuarto del amo de la casa, y despues que éste se informó de que su hija estaba acostada, se reunió con ellos y se pusieron los siete á hablar tan sumamente bajo, que nadie pensara que en aquella habitacion habia alma viviente.

#### XVII.

Apenas rayaban en el Oriente los primeros albos de la mañana, cuando salian con Francisco los seis huéspedes que alojó la noche ántes en casa. No bien estuvieron en la calle, cada uno se fué por su lado sin hablarse una sola palabra.

Francisco se dirigió al establecimiento del tío Ramon. Una porcion de hombres *de lo más escogido* adornaba aquel recinto.

En cuanto vieron entrar al Sr. Francisco, todos se levantaron y cada cual le ofrecía el sitio que ocupaba.

Aquel sin sentarse siquiera, les dijo:

—Compañeros: las últimas órdenes que he recibido son que os diga que de un momento á otro se necesita que cumplais vuestras palabras: ¿Estais dispuestos?

—*¡Sí, sí!* murmuraron todos á una voz.

—Pues entónces, ahí va eso para que bebais á la salud

hija, encerradas en su casita, temblaban como la hoja en el árbol.

El tío Pedro sacó un enorme fusil de cuando él defendió á su patria durante la guerra de la Independencia, y cargándolo hasta la boca, se dispuso á defender su domicilio en caso de necesidad; pero por fortuna los rebeldes aún no se habia acercado por aquellos alrededores.

Carmencilla, en cuanto supo lo que sucedía, quiso averiguar el paradero de su padre, y despreciando el peligro salió en su busca.

Mucho tiempo tardó la pobre muchacha en encontrar al autor de sus dias; pero al fin y al cabo dió con él, cuando salía con su cuadrilla de haber sembrado el luto y la desolacion en una de aquellas tres ó cuatro familias que tuvieron la desgracia de ser visitadas por él.

Así que Francisco vió á Carmencilla, la envió á su casa echándola de su lado de mala manera.

Por pronto que quisieron acudir á evitar los atropellos cometidos por la partida de Francisco, ocupados los más en rechazar los soldados que anteriormente dijimos que atacaron al pueblo, pasó una hora, trascurrida la cual vieron aproximarse un batallon completo de cazadores. Entónces reunióse toda la gente, y el Sr. Francisco no tuvo más remedio que abandonar su criminal tarea.

#### XVIII.

Poco tiempo tardaron las tropas en apoderarse de las posiciones que ocupaban los rebeldes, y muy poco tambien en dar á correr el Sr. Francisco con toda su gente por calles y plazuelas lo mismo que condenados.

Arrojados del pueblo trabóse de nuevo la accion junto á la casa de María, de la cual se apoderaron los facciosos.

Un peloton de soldados fué á apoderarse de la nueva posicion de los insurgentes, mientras el grueso de la fuerza trataba de cortarles la retirada.

Manolo, que iba en aquel batallon, ve ardiendo la casa de su novia por sus cuatro costados, y situados alrededor de ella á los facciosos. Entónces pidiendo permiso el muchacho á su jefe inmediato, se agrega al peloton que marchaba á atacar la casa de Antonia.

Manolo avanzaba el primero; y en cuanto llegó al pié de la vereda por

donde ántes subía á ver á su novia, emprende la carrera hácia arriba; sólo tres hombres le acompañaban: no temía á las balas; verdad que en aquel momento no pensaba mucho en el peligro.

Llegó por fin á la puerta de la casa, y el que no retrocedió en presencia de la muerte se inmuta de pronto y da dos pasos atras.

El tío Pedro revolcábase en el suelo envuelto en su propia sangre.

Veíanse por el suelo pedazos de vestidos de mujer, los muebles rotos, las puertas desvencijadas, y el fuego silenciosamente consumía poco á poco sus paredes.

Un sudor frio corrió por la frente de Manuel: ¿qué habria sido de su novia?...

Por fin se decide á entrar.

(Se continuará.)



A PETISCA.

de nuestra próxima victoria; y Francisco arrojó un puñado de dinero sobre la mesa.

—*¡Viva el Sr. Francisco!* gritaron todos.

—*¡Animo y alerta!* añadió el victoreado; y luego, acercándose á uno de ellos, le dijo en voz baja: Cuida tú de que los nuestros anden siempre alrededor de mí desde el primer momento, y ya sabeis... Y salió de la taberna sin hablar más palabra.

Pocos momentos despues, el pueblo habia perdido su aspecto ordinario: veíanse caras nuevas por todas partes, oíanse voces y gritos por todos lados; la gente corria por las calles, y los tímidos se encerraban en sus hogares atrancando las puertas con cuanto hallaban á mano.

En uno de los extremos del pueblo veíase gente ocupada en hacer con carros y cestones barricadas donde poderse defender del ímpetu de los enemigos, que al presente no existían. Allí, dando órdenes y mandando á diestro y siniestro, vimos á uno de aquellos forasteros que hospedó la noche ántes en su casa el Sr. Francisco.

Así que el Sr. Francisco vió á la gente engolfada por las calles, previno á la suya y se dispuso á poner en accion aquel adagio que dice: "A rio revuelto... ganancia de pescadores."

No habian trascurrido dos horas, cuando un peloton de soldados se aproximó al pueblo; pero aunque intentaron entrar, eran pocos y los rebeldes estaban bien atrincherados: de manera que fueron rechazados en breve espacio.

En cuanto el Sr. Francisco oyó que la fiesta se habia comenzado, se entretuvo con diez ó doce compañeros más que á su lado llevaba, en saquear á todo su sabor las casas de los que en el pueblo pasaban por más ricos.

Entretanto que esto sucedía, la pobre Antonia y su

## LA ILUSTRACION DE MADRID.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RIC. Y EXTRANJERO.	
Tres meses . . . . .	22 rs.	Medio año . . . . .	85 »
Medio año . . . . .	42 »	Un año . . . . .	160 »
Un año . . . . .	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses . . . . .	30 »	Un año . . . . .	240 »
Seis meses . . . . .	56 »	Cada número suelto	
Un año . . . . .	100 »	en Madrid . . . . .	4 »